

ALBERTO CASAL CASTEL

NORMAS
DE VIDA

una llamada a la vida



ARTEMISA

PUBLICACIÓN DEL LICEO
NACIONAL DE SEÑORITAS N.º 1

BUENOS AIRES

1935

LT
1935
CAS

NORMAS DE VIDA

NORMAS DE VIDA

POR

ALBERTO CASAL CASTEL



*Publicación del Liceo Nacional de Señoritas
N.º 1 "José Figueroa Alcorta"*

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

Talleres Gráficos Tomás Álvarez e Hijo
Muñiz 778 al 86, Bs. Aires

*Al Liceo Nacional de Señoritas
“José Figueroa Alcorta”, a cu-
yo cuerpo de profesores perte-
nece mi esposa, con su cariño y
con el mío, nacidos de ese otro,
grande, que nos permitió soñar
al unísono la obra que vamos
realizando juntos.*



No se enseña a los hombres a ser honrados, y se les enseña el resto. Y ellos no se vanaglorian nunca tanto de no saber nada del resto como de ser hombres honrados. No se vanaglorian de saber más que la única cosa que no se les enseña.

PASCAL, *Pensée*, 68.

...Estos consejos no han de ser largos, sino eficaces. Deben sembrarse como el grano, que aún siendo tan pequeño, si cae en un terreno favorable crece mucho y alcanza un completo desarrollo. Lo mismo ocurre con un precepto; al verlo parece poca cosa, pero puesto en acción es eficaz; no es más que una frase, pero adquiere fuerza y crecimiento si encuentra un alma bien dispuesta.

SENECA, *Obras*, XXXVIII

INTRODUCCIÓN

He escrito con prisa, también con entusiasmo, esta obrita. Pero, preciso es decirlo, movido por una voluntad ajena. Mi excelente amigo, don Amaranto A. Abeledo, me instó a ello. Suya es, pues, la virtud de esta iniciativa. Mía, la parte de defectos. Quería tener él para las alumnas del instituto que dirige con tan cumplida dedicación, un texto edificante, uno de esos libros formadores, inspirados en las grandes máximas. La tarea me tentó. Me tentó más todavía por lo desinteresado de la empresa. Pero ¿qué mayor premio que refrescar nuestra esperanza a la acariciante sombra de una esperanza en flor; que compartir la soledad, tan ricamente decorada de ilusiones, de una niña, y merecer a cambio de algunas veladas intensas, la devolución de la pureza que la vida aventara?

No medí ni la responsabilidad ni el esfuerzo que la empresa exigía, conformándome con ser veraz en todo lo posible, al mismo tiempo que suficientemente claro y sencillo. De haberme dejado sugestionar por las muchas dificultades, algunas de las cuales trataré de explicar en esta introducción, es probable que estas páginas no hubieran sido compuestas. Preferí,

pues, lo poco que podía dar de mí, antes que negarme a dar ese poco, siguiendo, quizá sin querer, el consejo eminente del Séneca de la "Consolación a Helvia". —el más intransigente de los filósofos y el más suave de los hombres— cuando no teniendo a mano otros recursos para aplacar el dolor de su madre, recurrió a su propio dolor. No tengo —me apresuro a decirlo— virtudes disponibles. Tengo, en cambio, muchísimos defectos, a los cuales he de recurrir para comprender y juzgar los vuestros.

Por ello, la mano puesta en mi herida para vendar la tuya, considero oportuno decir que estas cosas que siguen no son retos, no; ni sermones, tampoco; ni alitivas o severas admoniciones, casi siempre tediosas cuando no insoportables, con las que quien que se halle libre de defectos puede, desde una encumbrada vocación sacerdotal, agobiar la flaca naturaleza culpable, vacilante y arrepentida; son sólo normas de vida, ánimos nuevos, auxilios espirituales o, todo lo más, consejos que buenamente pueden ser escuchados y admitidos.

Los doy de buena fe, porque acaso nadie los necesite más que yo. ¿Querías escuchar una voz incorruptible?... Esa no tendrá nada que deciros. En cambio a mí, me es dado hablar de mis flaquezas, de mis errores, de mis vacilaciones, como puede hablar de un país que visitara el viajero curioso, con un conocimiento íntimo sorbido entre las "pannes" de la

ruta y el remolino de polvo que no figuran ni en los "baedekers" ni en las cartas geográficas.

Pero quiero ser, necesito ser, del todo sincero. Junto con la evidencia del defecto, sentí la voluntad de mejorarme. Ella no me faltó nunca. Por el contrario, se apoderaba de mi ser consciente con más fuerza, a cada nueva iniciativa de las tendencias y, ahora mismo, sin haberlas dominado por completo, sigo con fe la batalla porque ya he podido saber cómo se consigue triunfar sobre algunas.

En esto no hay mérito. El más pobre mortal puede hacer lo mismo que yo he hecho; y los que se consideren eximidos de hacerlo, esos —¡tenedlo por seguro!— no han estado a solas, nunca, en esas graves crisis propicias al examen interior, cuando la pleamar de la meditación desborda la consciencia.

El error es inherente al hombre. Entre un hombre y otro, el mejor de los dos será aquél que tenga menor número de defectos. Si no los tuviera, sería un Dios, y los dioses sólo compartieron el mundo y anduvieron entre los hombres, en la época que cantan Homero y Hesíodo, tan coléricos y perversos como el más humilde mortal. Después de esa época buscaron el cielo para estimularnos desde lejos, y compadecerse con dignidad de nosotros.

De ahí mi optimismo. Creo que uno puede corregirse a sí mismo, —¡Siempre! El deseo de la superación nace y se extingue con la persona. Creo que

sin defectos previos, este deseo perdería la mitad de sus fuerzas, y que la misma virtud, no gozaría de tanto prestigio si, en cierta manera, no fuera una victoria final sobre la pobre naturaleza humana, tan frágil y flaca.

Muchas veces he oído renegar de las pasiones. A los que reniegan de ellas habría que aconsejarles que se abstengan de hacerlo. Un ser sin pasiones es como un candil apagado: no produce humo, pero tampoco alumbra. Lejos de estigmatizarlas habría que encauzarlas y dirigir las, porque hay en las pasiones una gran energía, de fuente natural, que es conveniente aprovechar para ponerla al servicio de las grandes obras. Hay quien tiene la pasión de jugar y quien tiene la pasión del bien público. ¿Podríamos condenar a ambas en razón de no estar conformes con la primera?

En mi manera de ver, se debe considerar lo humano, humanamente. Por no haberlo entendido así, la humanidad sufre tristezas que no debió soportar, y ha convertido el mundo en una cárcel pública. Lo ha llenado de prejuicios, con el fusil al hombro. Ellos nos vigilan, espían nuestros menores actos, mortifican nuestro encierro, son nuestros guardianes, los carceleros de una moral uniformada. Siempre estamos pagando una culpa imaginaria, para la cual no hay sino el indulto de la muerte. De ahí que mientras se brega por una mayor libertad del espíritu, se lo

esclarece con pesadas amenazas, cuando resulta sencillamente mejor que el espíritu logre recuperarse del extravío, mediante un acto consciente de protesta ante la falta.

El bien no debe ser observado como artículo de una fría reglamentación, sino gustado como un placer voluntario. Sólo cuando una ética racional llega a convencernos de sus goces, se le sigue con provecho y se lo practica con absoluta devoción, sin esfuerzo, en todos los instantes, en todos los actos y con todas las personas.

Hay mucha gente que, persiguiendo el bien de las frías reglamentaciones, se considera buena porque no ha matado, no ha robado, ni ha levantado falso testimonio. A esa gente le interesa, solamente el bien policial, lo que la policía entiende que no es delito. En cambio, no le concede ninguna importancia a la caridad, grita a sus sirvientes, lleva la astucia a sus negocios, cierra el alma hacia la ayuda, deja de realizar un conjunto de filantrópicas acciones porque no tiene la dimensión de la filantropía: si son médicos, no abandonan la cama para socorrer en la alta noche a un niño que se muere; si son abogados, no tendrán escrúpulos para defender las malas causas; si son escritores no trepidarán en llevar inquietudes perversas al mercado donde se disputan los cuadernillos de una literatura obscena.

Para mí, el bien, no consiste tanto en no hacer lo que nos está vedado, como en no dejar de hacer aquello que estamos obligados a cumplir para provecho de nuestros semejantes. O, por lo menos, se me ocurre tan repudiable el ser que no extiende la mano para salvar a otro, como el que calculadamente lo mata. Esta obrita tiende, ante todo, a romper mediante algunas lecciones de energía, la indiferencia culpable, por medio de una reconstrucción de la vida.

* * *

El intento no es nuevo. No lo es ni en su fondo ni en su forma. Ya el equilibrio griego trazó, bajo la influencia de la luz casi milagrosa y a la sombra de la verdad de los pórticos filosofantes, el proyecto de hacer más felices a los hombres en una dispersa eudemonología. La crítica jónica de Jenófanes de Colofón en los silloi (1) y en la elegía alaba la excelencia del espíritu al par que censura la molicie

(1) El *silloi* era una de las formas de la poesía burlesca, la parodia satírica propiamente dicha. Con ellos Jenófanes atacó el exagerado concepto de la gimnástica, los honores rendidos a los olimpiastas vencedores en las reuniones panhelénicas. Razón tenía Voltaire: "*Nous laisserons ce monde si aussi sot et aussi méchant que nous l'avons trouvé en y arrivant*" (Nosotros dejaremos este mundo tan tonto y tan malo como le encontramos al llegar a él). Después de muchos siglos el pueblo sigue amando las justas del estadio mucho más que las de la inteligencia y el sabio ha sido reemplazado por el *footballer* en la admiración del pueblo.

de corte lídico introducida del Asia. Teognis de Megara, en las alocuciones a su joven amigo Cirno es, no obstante la común filtración del pesimismo que humedece lo que conocemos de la obra incompleta, el más ilustre maestro de la filosofía gnómica. (1).

Sin pasar revista a todo el pensamiento, desde las *Meditaciones* de Marco Aurelio hasta las diatribas de Epicteto de Hierápolis, acaso sea Séneca lo más próximo que tengamos, con sus "Cartas a Lucilo", en esta materia. Su manera de encarar los problemas, el sabor español de la vida que trasuntan sus sentenciosos trabajos, serán siempre insuperables —y así lo reconocía Ganivet— para nuestros pueblos. El nos ha enseñado que no hay que dejarse vencer por nada extraño al espíritu; que tenemos dentro de nosotros una fuerza superior para contrarrestar el asedio de los hechos que componen la vida, y sólo nos pide que seamos hombres hasta el final, firmes y erguidos, en medio de las contrariedades.

Pero donde el modelo se hace más escogido por más coincidente, es en la glosa que ajustó a los versos aureos el maestro de Alejandría, Hieroclés, último discípulo de un largo linaje de pensadores admirables que arranca de Plutarco de Atenas, a través de

(1) Gnómico significa sentencioso. La filosofía gnómica es aquella que recurría a máximas breves, al aforismo, conforme al gusto de los siete sabios de Grecia.

la ciencia ecléctica de Jámblico, cuya versión se ha conservado íntegra en la edición de Aug. Mullach (1).

Fueran o no de Pitágoras los Versos de Oro que la antigüedad conoció y repitió de memoria, lo cierto es que han recogido los dogmas del cuerpo pitagórico, con Lysis, Filolao o Empédocles —miembros de la Orden— para darnos una flor de moral cuyo perfume poético gustamos todavía en los comentarios del Alejandrino.

¿Qué hizo Hieroclés? Traer el precepto a la cabeza de la página para ir luego desgranando su filosofía práctica, a fin de obtener, junto con la verdad y la virtud, “el pristino estado” a que alude el Timeo platónico.

En nuestros tiempos no sería posible desconocer la enorme importancia de las máximas de La Rochefoucauld; de “Los pensamientos” de Pascal, de los cuales han quedado dos o tres que no morirán nunca, y una obra en conjunto que ha obligado a decir a Sabatier que “una historia de los destinos de esa obra sería la historia casi completa de la filosofía religiosa de Francia en los tres últimos siglos; y de los “Parerga y Paralipomena” de Schopenhauer, en cuya veta admirable sobresalen, a manera de nudos que descom-

(1) Aug. Mullach: *HIEROCLIS. In aureum Pythagorearum carmen commentarius, Recensuit ac illustravit FEID. GUIL. AUG. MULLACHIUS, Berolini*. Las ediciones francesas, más recomendables, de la obra son las de Andrés Darcier (1706), Fabre d'Olivet (1813) y Siouville (1913).

ponen la madera didascálida, el escepticismo del orgulloso y la amargura del desterrado.

Fuera de esas obras eminentes que ya de por sí enfrían todo ánimo creador, siguen, aunque en orden menor, no cediendo paso en la carrera, "La Alegría de la Vida" de John Lubbock y los trabajos de Jules Payot, "L'Education de la Volonté" y "Le Travail intellectuel". Desde un punto de vista más especializado, "Reglas y Consejos sobre Investigación Científica" de Cajal, que nadie debiera desconocer y menos los estudiantes, por agregarse a la experiencia de quien hizo a pie el camino, venciendo los escollos de la pobreza, los justos títulos de un hombre eminente llegado a las últimas estribaciones de la ciencia.

Si las dificultades de querer cosechar en campos ya suficientemente segados eran grandes, no menores resultaban las de dar entre la paja con el grano rotundo del aforismo. Cuando se lee con algo más que interés, con devoción, se observa que las máximas se vienen repitiendo, con ligerísimas variantes, de los clásicos a los modernos. A veces el lenguaje popular las ha absorbido, el lugar común les ha dado patente de cita automática y su origen se remonta a los más lejanos tiempos, sin que el verdadero autor aparezca para nada. Entre esos riesgos, podría citar de urgencia, una media docena de ejemplos, siendo el más llamativo el de atribuir, como lo hago, a Aristóteles, una frase sobre la amistad, que aparece también en San

Agustín “Confesiones”, IV, II, 30, esa de las “dos almas para un mismo cuerpo”, la cual tiene su notación en Ovidio, Tristes, IV, 4, 72 —“qui duo corporibus mentibus unus erant”— apenas variada en el texto asitotélico. O esa otra de Arndt no pocas veces recobrada y vuelta a robar por los autores.

En medio de esos conflictos, que el erudito comprenderá mejor que nadie, he revisado en cuanto me ha sido posible la heráldica de las frases y sus traducciones, ya que había que prescindir de la confrontación bibliográfica para convertirlas en materia práctica, humana, y darlas en el idioma del estudiante que apenas si se maneja dentro de su lengua. Por ahí, como envío de modestia, las propias máximas aspiran a ser con los consejos el pequeño fruto personal.

* * *

Esto en lo que se refiere a la parte técnica del libro; en lo tocante a su fin moral, la tarea resulta más fácil. Desde largo tiempo venimos viendo, entre nuestros alumnos, cuáles son las fallas principales de la generación actual. Le falta voluntad, ideales, paciencia, gusto por las cosas nobles y desinteresadas del espíritu. Evita el esfuerzo. Quiere “llegar”, pero con el menor trabajo posible, y es dada a la desconfianza, a la crítica, a la amargura.

Evidentemente no tiene a mano grandes modelos que seguir y carece de edificantes aforismos que fijen su conducta. Se ha perdido al mismo tiempo que el

culto del héroe, de acuerdo con Carlyle, el culto de sus enseñanzas por lo que ellos hicieron y dijeron, sin comprender que ya Jorge Hebert anotaba: "Si estáis en buena sociedad seréis uno de sus miembros", y que el mismo Shakespeare ha dicho: "En cuanto a mí, estaré contento de que me instruyan hombres grandes y nobles".

¿Cómo no necesitar nosotros de estas máximas si otros más grandes que nosotros las han utilizado? Disraeli y Gladstone tenían las suyas. Por su parte Plinio fijó esta sentencia para tenerla presente durante toda su vida: Vivir es observar; Robertson, el historiador: Vita sine literis mors est (La vida sin ciencia es la muerte); Voltaire: Siempre al trabajo; Walter Scott: "Nunca estar sin hacer algo; Anatole France: Aurora amicis Musae (La aurora es amiga de las musas), que también lo era del sabio español Santiago Ramón y Cajal.

Cualquiera que analice la vida nacional no podrá estar muy conforme. La vida pública se resiente como consecuencia de la vida privada, y la licencia que observamos en la calle proviene, sin duda alguna, de un hogar en quiebra, sin el calor que le presta una familia fuertemente unida. Sin embargo, en nuestra sangre está el sentimiento del honor para gobernarla, y éste es el país que recogió el hogar español, aquel en cuyo seno los hijos debían apretarse —según Al-

fonso el Sabio— como el racimo de “las olivas nuevas”.

Estos hijos se educan solos aunque reciban una enseñanza colectiva, enseñanza que —lo hemos podido apreciar— agrega a una sumaria disciplina de tipo “reformista”, unas cuantas inyecciones de ciencia puramente “profesional”. El individuo armónico no puede salir de allí, y el peligro más grande de la hora consiste en que mientras cultivamos la cabeza, abandonamos el corazón, ¡como si sirviera para algo esta erudición sin raíces! Lo interesante no es sólo aprender bien, sino aplicar lo aprendido con honradez; y esta ascética que produce al sabio, al estadista, al sociólogo y al filósofo, nosotros no la hemos conocido.

Muy frecuentemente oigo decir a nuestros muchachos que estudian una carrera para ser “como Fulano” —modelo reducido para una ambición mucho más limitada— y cuando he tratado de inquerir el por qué de esta emulación, he visto que sólo se trataba de tener una casa como la suya, un automóvil de su marca, y sus mismos éxitos pecuniarios, cosas todas que, otros, con menos esfuerzos, han obtenido sin estudios.

Se dice que nuestra escuela primaria es mala, que el colegio nacional no realiza del todo bien sus funciones de formar la inteligencia y que la universidad no proporciona el verdadero saber de cultura.

Sería preferible decir que lo único malo es la forma de utilizarlos, ya que falta al joven de nuestro país la energía heroica de otros pueblos, energía sobria y reconcentrada que va pasando de los padres a los hijos y perdura en la atmósfera espiritual de las generaciones, bajo la forma de un pasado extraordinario, que quiere ser imitado o superado por el presente.

Querer conquistar algo supone, antes que nada, movilizar nuestros recursos interiores, y sólo cuando esta milicia esté en marcha nos será dado alcanzar el éxito. Lo demás es apenas proyectar y fantasear con la esperanza. Por eso el muchacho o la muchacha enérgicos estarán en mejores condiciones para trabajar a alta presión. Sin embargo, cierta corriente en boga, con el prurito de solazarse dentro del peor liberalismo, ha comenzado a distanciar al individuo de la moral, y no desperdicia oportunidad de poner en ridículo a quienes, remando contra aquélla, pretenden aproximarlos de nuevo.

Estamos viendo los efectos de esta disociación en todas las capas sociales para que nos arredre una crítica más por lo que ellos llaman la dosis de moralina: el estudiante no estudia, el hijo no ama como debiera amar a sus padres, el amigo viola la ley de la amistad, el funcionario conculca sus deberes, el hombre público prevarica el mandato, nadie está en su puesto ni mide su responsabilidad y por si esto fue-

ra poco, M. Paul Valery acaba de decir desde la alta tribuna de la Academie Française, que ¡la virtud ha muerto!

La virtud no ha muerto, como lo pretende el pensador francés, vive y vivirá en el pecho de los mortales, oculta quizá como los tizones bajo la ceniza, hasta el momento en que el viento trágico de las desgracias individuales o colectivas, la inflamen de nuevo. Lo que ha desaparecido paulatinamente es el placer y la necesidad de practicarla, ya porque el "struggle for life" se ha convertido en una contienda desesperada donde todos los ardides, desde el "camouflage" hasta la violación del pacto parecen aceptados, ya porque el sensualismo que sigue a ella reclama su parte de comodidad egoísta y de olvido alcohólico, entre la jarana de la Jazz y el ruido torpe de las diversiones.

Sin embargo confío en las juventudes de mi patria, en esos muchachos y muchachas hermosos a los que, en pleno goce de una adolescencia magnífica, nadie les alcanza un ejemplo ni los corrige cuando es fácil aleccionarlos y guiarlos por las buenas sendas. Ellos viven esa edad feliz y desaprensiva en que es corriente no conceder importancia a lo más sagrado y responder con la burla a lo más serio, pero también en ese momento en que, el entusiasmo que después desaparece y el fondo puro que sólo más tarde recibirá los rasguños, se mantienen intactos para

sentir con toda su intensidad lo noble y desinteresado.

¿Qué diremos si la moral del cálculo, la fijación de los valores, aún de los valores espirituales, sobre la base del patrón de la moneda, el afán material, la mala competencia del negocio y la emulación de la riqueza saturan el ambiente respirado en la calle enturbiada por una prensa que ha dejado de ser un "poder espiritual" y en las diversiones que el cine y la radio proporcionan sin que nadie consiga fiscalizarlos del todo: voz oculta y sombra especulativa, verdaderamente aterradoras?

Tendremos a la fuerza que decir, que la juventud es así porque así la hemos hecho nosotros, que no es diferente porque nosotros no queremos que lo sea, y en ese sentido, cuidémonos mucho de condenarla, porque llegará el día en que ella tendrá, por fuerza, que juzgar de nuestra vida y confrontarla con sus actos. ¿O es que queremos jueces poco severos para que nos disculpen nuestras faltas?... La juventud va hacia donde la llevan, y acaso para ella pudiera escribirse la leyenda que los zares pusieron sobre la campana del Kremlin: On tombe toujours du côté ou l'on penche. Como ésta, la juventud cae siempre hacia el lado que la inclinan, y nosotros, que pudimos hacerla inclinar sobre la felicidad, la hemos hecho caer sobre la desgracia de días amargos, y nos

quejamos de su triste sonido entre el lamento de los agoreros y la expectativa de los desconfiados.

Todos los extremos son peligrosos, y el más peligroso de todos, en lo que respecta a la vida tanto individual como colectiva, es la demasiada fe depositada en los recursos materiales, en la civilización material, sobre la cual ya protestaba, con todo derecho, el ilustre profesor Eucken de la Universidad de Jena. La máquina, con su secuela de desgracias que no es el caso de analizar aquí, ha despertado una ilimitada confianza del hombre atribuible a las cosas, en cuya posesión cifra toda la felicidad, sin comprender que ésta es un estado del alma, que sólo vive dentro del alma y que no puede ser adquirida de otra manera que por los goces supremos del espíritu. Hemos amueblado la vida exterior; la íntima está deshabitada de nobles anhelos, empobrecida y en decadencia.

Esta obrera aspira a que concedamos más importancia a lo espiritual que a lo material; afirma que es posible hallar en nosotros mismos la fuerza suficiente para luchar por una vida más digna, y tiende a lograr un ser en toda la plenitud, mediante el cultivo de sus más preciosas facultades de cooperación, alejándolo del goce egoísta y sin objeto y del refinado epicureísmo, que son las características fundamentales de nuestros tiempos.

Por lo pronto, si las riquezas nos hicieran felices, no habría otra posibilidad de tristeza que la de no poseerlas. La intranquilidad del mundo de hoy ha crecido con su poderío económico. No hay más que leer los cables. No hay más que mirar la cara de las gente, para comprender que algo nos falta, aun cuando disfrutemos de todo. Ese algo que nos falta, me apresuro a decirlo, es el espíritu de la moralidad, de la justicia, del deber, del respeto que sólo existen como frutos de una vida interior muy rica.

Hay quienes creen que basta la sola voluntad, y han edificado sobre el voluntarismo todo un sistema para salvar al individuo de su tendencia a dejarse vencer por el escollo; hay quienes lo esperan todo del pensamiento, y han levantado altares a la diosa Razón; pero a mi entender, ni la voluntad ni el pensamiento pueden trabajar por su cuenta sin caer en lo empírico de los actos sin trascendencia y en las ideas lujosas de la erudición. Nos falta un sentimiento religioso de la vida que desborde el acto o la reflexión hacia más generosas finalidades.

Reservadas a las jóvenes que estudian, estas paginillas, las menos literarias de cuantas he escrito, si algo explican por el motivo de estarles especialmente destinadas, es la enorme importancia que concedemos a la mujer en nuestra vida. Ella, además de actuar como hija, como esposa y como madre, interviene con fortuna en nuestro medio social para suavizarlo y es,

como la canéfora clásica, quien lleva —en las manos de un amor siempre bendito— la túnica azafrañada con que se envuelve la religiosa y práctica sabiduría de las virtudes de un pueblo.

Felices, pues, si en el hogar que ignoro, conmueven algunos sentimientos y ponen a manera de humilde bujía un poco de luz para hacer más tranquila la noche de quien espera el día siguiente, ya que como en el canto de Sandburg no hay “sino un océano de mañanas”. Un mañana para tí, para mí, para los tuyos. Para todos. Y sobre todo, para nuestra patria.

ALBERTO CASAL CASTEL.

Buenos Aires, Octubre 1935.

*

Primera Meditación

LA VIDA ES DEMASIADO CORTA PARA HACERLA PEQUEÑA

Disraeli

Si nos fuera dado contar nuestros días como nuestro dinero, los emplearíamos con más prudencia. Empezaríamos por adquirir artículos de primera necesidad: afectos sinceros, nociones precisas, una vocación en la medida de nuestro entusiasmo.

Después iríamos por un poco de sueños...

Con eso tenemos bastante. Porque, al fin, para convertir una vida común en una vida grande, sólo es necesario darse a los otros; saber cuál es nuestro yo y sus relaciones con el universo, y alcanzar la esperanza que hemos imaginado.

Quien se conforme con darse a los demás será bueno. Quien se de a los demás y haya hecho algo por mejorarlos, será bueno y generoso. Quien además de darse y obsequiar a los demás su ciencia y su arte haya hecho todo lo posible para triunfar en ellos, es bueno, generoso y sabio.

El desinterés es, pues, el gran egoísmo. Porque en un mundo diáfano todas las cosas son más hermosas, y este mundo es un mundo viejo, de obscuras callejuelas llenas de dolor y de espanto.

Mientras alguien llore, su llanto avergonzará nuestra alegría; mientras alguien se queje, sus gritos mortificarán nuestra calma; mientras alguien permanezca hambriento, su miseria será nuestra miseria; y mientras alguien pueda ser llamado ignorante, tendremos que desconfiar de nuestra sabiduría, porque la verdadera sabiduría consiste en haber destruído una mentira universal o haber encontrado una verdad para todos.

Evitar sufrimientos; responder a los ayes con una palabra de consuelo; compartir el pan; poner nuestra fe por delante y alumbrar con ella las conciencias obscurecidas o extraviadas, tal es el programa de una alma recta. Pero ¿quién se atreve a definirlo? ¿Y quién que lo haya definido lo cumple?...

Lo más común es que gastemos sin tasa ni medida el gran capital que Dios nos presta en la hora del nacimiento y cuyo recibo él mismo recoge en la hora de la muerte.

El sacrificio es más bello que el placer, pero el placer es más buscado. Sin embargo, el uno aprovecha de nuestras energías y el otro las derrocha.

M. Lambert ha podido decir que “los placeres humanos son engañadores; ellos nos prometen más de lo que nos dan”. En realidad ellos nos prometen todo y no nos dan nada. Nada, como no sea el dolor tan bien desentrañado en la copla de Manrique.

Perseguir la felicidad por el camino en que muchos la buscaron equivale a encontrar la desdicha de que ellos tuvieron noti-

cia antes que nosotros; a la felicidad se la encuentra por el camino del sufrimiento, cuando éste termina, y por ahí son muy pocos los que la han buscado.

¿Queréis que la vida no sea corta? ¡Agrandadla con vuestros proyectos! ¿Queréis que la vida no sea pequeña? ¡Vividla como si mañana fuera a terminar! Cada cual dispone de una vida tan rica y tan noble como el cuidado que ha puesto en modelarla.



Segunda Meditación

POCO BASTA CADA DIA, SI CADA DIA LOGRAMOS ESE POCO

Payot

LAS hormigas saben que no hay distancia larga ni cuerpo demasiado pesado. Para ellas no existe la palabra imposible. Tampoco existía para Mirabeau, que en vez de ser una hormiga era un águila. Este solía decir a su secretario: "*Ne me dites jamais ce bete de mot*" (No me digas nunca esa mala palabra).

Decir que una cosa es imposible equivale a que realmente lo sea. Cuando la palabra imposible está en nuestro vocabulario no tenemos, nunca, cosas fáciles entre las manos. Por emplearla frecuentemente, muchos des-

confían de su fuerza, y otros, con fuerzas suficientes, no llegan a nada.

No conozco otro anestésico de la voluntad que pueda comparársele. El imposible es la religión de los que no tienen ninguna, pues ésta, bajo cualquiera de las formas conocidas, es un tónico que hace al malo bueno y al bueno mejor en la lucha tenaz por superarse.

Atrás de esta palabra se esconden los débiles, los enfermos, los perezosos, los vencidos, en fin, todos aquellos que padecen el mal de la "imposibilidad congénita".

Ellos son frentes muertas, brazos muertos, almas muertas; porque así como el ejercicio de la dificultad renueva nuestros ímpetus, el ocio —esa herrumbre del alma— los disea.

De haber empleado la palabra imposible, Colón no habría descubierto América. Por no saberla emplear, *Miguel Angel* levantó la cúpula de San Pedro, *Koch* encontró el bacilo de la tuberculosis, *Vesalio* corrigió la obra anatómica de Galeno, *Newton* acabó

con la superchería astronómica de los antiguos, *Copérnico* recuperó la verdad, derribando el sistema del mundo de Ptolomeo, *Virchow* abrió nuevos rumbos en las investigaciones de *Schwann* sobre las células.

Ellos fueron hombres que sólo conocieron un término: *¡Posible!* o, a lo sumo, dos: *¡Posible y realizable!*

De nada sirvió al genovés que las cartas antiguas concluyeran en las columnas de Hércules y que más allá se estampara, escrito y dibujado por los cartógrafos: "*Hic sit leonis*". (Aquí hay leones). El tenía la voluntad de Hércules y era un león como los otros.

¿No tienes ojos, oídos, brazos, piernas, a igual que el más grande de los mortales? Lo que él vió, tú puedes verlo; lo que él escuchó, tú puedes oirlo; lo que él ha alcanzado, tú puedes alcanzarlo; hasta adonde él ha ido, puedes ir tú. Lo que otro haga, *eso puedes hacer tú.*

¿Crees que su inteligencia es diferente de la tuya? Te equivocas. A veces en dos pre-

dios de la misma tierra y de iguales dimensiones, un agricultor traza un jardín, y el otro duerme sobre las zarzas.

Afila tu inteligencia; úsala como pala; carpe con ella tus ilusiones, quédate con una, y a esa riégala desde la mañana hasta la noche. Verás cuajar la flor cuando menos lo pienses; quizá en una aurora que no está lejana.

Todo lo que vemos y que más nos admira ha sido nuestra obra. ¿La habríamos hecho sin coraje, sin voluntad, sin optimismo, sin tiempo?... Sobre todo, sin tiempo.

La naturaleza trabaja despacio. Trabaja de la misma manera, y cuando lo que te propones sea la obra de una vida, piensa que ésta es la suma de un día distinto del otro.

Tercera Meditación

DIOS NOS VENDE TODOS LOS BIENES A CAMBIO DE NUESTRO TRABAJO

Epicarmo

Los *dedos* de la mano son todos desiguales entre sí, pero cada cual tiene un papel que desempeñar y está hecho para “su” trabajo. Se parecen en aquello que los diferencia.

Si tomamos cinco individuos, uno será el índice. Otro el pulgar. Otro el meñique. ¿Podría el uno envidiar a los demás? ¿Qué ganaría con ello? Y si los envidia ¿podría el pulgar convertirse en índice o en meñique?

En la vida social, donde las personas son simples falanges del destino que actúan movidas por las circunstancias, los cambios son

más explicables. Con todo, si véis a un obrero que de la fábrica ha llegado hasta la universidad y en vez de fabricar suelas modela inteligencias, tened por seguro que no había nacido para lo primero.

Después de todo, un buen carpintero vale tanto como un buen médico.

Y sin duda el buen labrador vale más que el mal abogado. Mientras aquél cosecha la mejor hortaliza, contribuyendo a la dicha de la mesa, este otro nos amortajará de desgracias con un injusto pleito.

Lo importante es saber aquello que uno puede hacer bien, y hacerlo lo mejor posible.

Da lo mismo, para el caso, el poeta eximio que el excelente tejedor; ambos contribuyen a hacer más agradable la vida, porque tan necesario nos es el verso que hinea nuestras sensaciones, como el paño que las suaviza.

Nuestro trabajo se cambia por trabajo. Este es el dinero con que se paga a la naturaleza. Y que los hombres honrados cambian entre sí.

¿Y el heredero que no trabajó nunca? — me diréis. Busca en la amelga que usurpa la gaviota, al buey. ¡No le encontraréis lejos! Alguien habrá trabajado para que ella sacuda sus alas dichosas. Si no es el hijo de Juan, habrá sido el padre de Juan; si no es el padre de Juan, será el abuelo de Juan; si no es el abuelo de Juan, será el abuelo del abuelo de Juan.

El trabajo es el nombre más poético dado al esfuerzo, y el esfuerzo tiene la alegría salvaje de la lucha.

Trabajo es todo lo que vemos: el tintero, el edificio, la lámpara, el libro, la cafetera, el automóvil, formas distintas con que la misma ambición de triunfo se disfraza. En ellos la mano de Dios hizo mucho; la mano del hombre completó lo que faltaba.

Atrás de la esfera del reloj, especialmente por las noches, cuando las horas pasan más lentamente, se me hace ver la cara que yo imagino barbada de quien manufacturó las ruedas íntimas del tiempo, —a ese escritor de mis horas— y quiero agradecerle el re-

galo que me hiciera: unos pocos instantes tristes en medio de muchos días felices que sigo pasando con mi pluma.

Pero lo maravilloso no es el relojero y el escritor, sino la infinita cadena de colaboración tendida entre el hombre y la naturaleza a través de millares de hombres, cuyos rostros ni conocemos, que están a nuestro servicio.

Uno depende de todos; todos de uno. Si lo supiéramos bien, la vanidad habría desaparecido de la tierra como un mal fruto, porque a veces la vida depende —en ese breve viaje de expreso— no del maquinista, ni del guardavías, ni del señalero, sino de aquel anónimo hombre que en un taller lejano de Glasgow puso toda su fe en un tornillo de dos milímetros.

¡Hagamos, pues, un tornillo de dos milímetros como si estuviéramos haciendo el mundo! Que a veces lo pequeño es lo verdaderamente grande en la vida. Como son casi siempre grandes, para bien o para mal, todos los actos ocultos.

Partiendo de tal idea no hay tarea que denigre; no hay trabajo que aflija; no hay dedicación que no tenga en sí su estímulo. El cocinero de *Voltaire* no será para nosotros como *Voltaire* mismo, pero es probable que si *Voltaire* hubiera tenido que guisarse las viandas, "*Pangloss*" formara parte del menaje de cocina, pensado y perdido entre una y otra mondadura de papas.

Unos liman para que otros canten, pero es preciso reconocer que nadie puede aspirar a un bien que desea, si no hace una u otra cosa.

La cigarra y la hormiga tienen —según la fábula— dos inviernos diferentes. Aspiremos a calentar el nuestro con la previsión, sin pensar cómo lo hará el vecino, que al fin arden lo mismo el pino que el quebracho, substituída la calidad por la cantidad en la rapsódica lengua de la hoguera.

Los antiguos creyeron en una liberal y pródiga largueza de la tierra. El "*alma parens rerum*", con que la expresaron, viene de esa dadivosa creencia. Hoy sabemos que

forcejea el árbol para costearse su vida; que la semilla desarrolla una enorme energía capaz de conservarse a través de miles de años —la misma que rompe el terrón—; que el lobo debe salir de caza y ganarse el sustento en noches terriblemente iluminadas por el hambre y ennegrecidas por sus gritos; que todos los seres trabajan; que el hombre que no trabaja o que trabaja poco es el primero en ser desplazado y el primero también en sucumbir.

Fuera de que el trabajo es el mejor remedio para las enfermedades, las enfermedades se apoderan más pronto del hombre que ha entrado en “punto muerto”. Busca en el trabajo la salud que anhelas, o el remedio que necesitas.

Gama profunda: lo biológico en la semilla, se hace instintivo en el animal y consciente en el hombre.

Lleva esa conciencia tan lejos como sea posible. Si lo consigues, puedes pedir la estrella. ¡La obtendrás!

Cuarta Meditación

UNA PALABRA BIEN ELEGIDA PUEDE ECONOMIZAR CANTIDAD ENORME DE PENSAMIENTO

Mach

PARA amarnos es preciso comprendernos; pero para comprendernos es menester que seamos claros. ¿Lo somos, siempre?...

Nada se presta tanto para las nobles tareas como el lenguaje; pero tampoco hay un bastardo más servil para todo género de bajezas.

Aliado del alma, cuyas más delicadas vibraciones recoge, puede ser también su verdugo y decapitarla.

La palabra es, pues, un arma de doble filo: lo mismo puede servir para defendernos que para atacar; igual se la emplea para el

consuelo que para el desahucio; tanto puede ser utilizada para enaltecer como para denigrar.

En eso se parece a esas navajas sicilianas, que a la mañana hacen la cruz antes de cortar el pan de los hermanos y a la noche se tiñen de sangre en la venganza, brillantes de odio y de amor.

¡Amor y Odio!... Aunque los gramáticos nos hablen de *ambiguo*, *epiceno*, *masculino*, *femenino* y *neutro*, yo no conozco otros géneros que esos dos para el lenguaje. Como no conozco sino una sola manera de hablar bien, aunque no sea gramatical: *la verdad*, y una sola manera de hablar mal, aún dentro del ceñido juego de las reglas: *la mentira*.

El orador más elocuente, aquel que tiene pendiente al auditorio de sus frases, el de más recursos y gloria verbal, no podrá compararse nunca al silencioso acusador que con un simple “no” pueda destruir todas sus afirmaciones.

En ese sentido *Cicerón* era superior a *Demóstenes*; *Hiporeides* a *Esquines*, porque los últimos —según el orden de la comparación— no vacilaban en “convertir la causa mala en buena”. Y *Sócrates*, que no era orador, que no conoció la elocuencia, que fué tímido ante la multitud como lo prueba el diálogo platónico, que tuvo por ágora la tumultuosa y sucia plaza del *Cerámico* ateniense, resulta, ante la historia, más grande que todos ellos porque dió la vida para defender sus palabras. Era en la primavera de 399, bajo los cielos más hermosos de Grecia, cuando entre el sueño del laurel y la frescura del mirto, la voz de los goces arcádicos, filtrándose, convidaba a la ligereza y el renunciamento.

Se dice que el rostro es el espejo del alma. Habría que agregar que la palabra, lo es del corazón y de la mente. Por ella sabemos todo lo que de cobardía, de cálculo, de grandeza, de idealismo, de bajezas hay en las cimas iluminadas y en las honduras sin luz del silencio íntimo del hombre.

Mejor que el semblante, no siempre descifrable, la palabra nos da concepto y clave al mismo tiempo. Si no siempre la sabemos comprender es porque frecuentemente escuchamos con la emoción y muy pocas con el razonamiento.

El criminal puede esconder bajo su mirada el delito; raramente lo puede hacer a espaldas de su hablar.

Dios nos ha dado la palabra para que podamos comentar como merecen sus grandes trabajos; nunca para blasfemar de su obra.

Empleémosla, tanto como podamos, en la admiración. Quien sabe admirar difícilmente cae al pozo negro de la envidia. Y menos en la calumnia. La calumnia es el lenguaje del odio. Tampoco en la mentira. La mentira es la palabra vuelta del revés y desprovista de hermosura, como esos tapices que por su anverso nos encantan y por su reverso muestran la enredada urdimbre de los hilos con que están hechos.

Por eso convendrá ser cautos en nuestras opiniones. Así se evitan males y arrepenti-

mientos. El necio habla y luego piensa: el prudente piensa y luego habla; el superficial habla sin pensar ni antes ni después.

Si la bestia pudiera comprender, envidiaría al hombre el goce de poder explicar el hambre y el amor a sus semejantes; si el hombre se detuviera a pensar lo que ha hecho de este precioso bien, envidiaría a las bestias y se quedaría callado para siempre.

Pero no se quieren con avidez sino las cosas que no se han alcanzado a poseer o las que después de poseídas se pierden, y así ocurre con esto del lenguaje que, poseyéndolo gratuitamente, no le damos ninguna importancia. Por eso preferimos el "chisme" a la confianza sincera, la "charla" a la conversación interesante. Esa charla que define el diccionario como "hablar mucho, sin substancia y fuera de medida".

Debe haber una gimnasia del silencio como existe una gimnasia del cuerpo: para endurecerlo; y una higiene del lenguaje como hay una higiene corporal: para mantenerlo limpio y sonriente.

Quien habla sin medida dice lo que quiere y lo que no quiere; tiene más oportunidad para equivocarse y menos para meditar la verdad.

Dentro de esa incontinencia, el charlatán es el papagayo de la fauna; su facundia, el trópico en que se adormecen nuestros propios pensamientos.

Por eso, cuando vamos a hablar —y para hacerlo bien— hay que pensar si lo que vamos a decir en cinco palabras no puede ser dicho en cuatro, en tres, en dos. El ideal sería decirlo en una sola.

Una vez conseguido, estamos seguros de nuestro tiempo y del ajeno —¡virtud verdaderamente espartana!— y con ello podremos decir cinco veces más, aclarar cinco dudas que interesen quitar del medio o sentar cinco afirmaciones nuevas para definir nuestra personalidad.

Todo depende de dar a los términos su verdadero valor, conforme a la verdad de la idea que traducen y de acuerdo con sus legítimas acepciones. Cuando se escribe, sobre

todo, el saber escoger un vocablo, equivale a evitar esos enormes rodeos que pierden a la imaginación y extravían al caminante que se ha lanzado por ella.

Las dos palabras más bellas que conozco son "sí" y "no". De las dos, prefiero la primera.

★

Quinta Meditación

UN CORAZÓN ALEGRE HACE TANTO BIEN COMO UN ME- DICAMENTO

Salomón

A sí como el disgusto nos abate, obtura nuestro ánimo y nos ata a la preocupación, la alegría renueva las fuerzas, fecunda la paciencia y abre de par en par las ventanas del espíritu.

Un nuevo disgusto viene a probarnos, generalmente, que podíamos habernos ahorrado el anterior, porque éste hace olvidar al otro; una nueva alegría no se lamentará jamás de recordar la que ya pasó, porque en el tiempo feliz, hasta los recuerdos amargos se hacen felices.

Si por las mañanas cantáramos un poco, así como nos bañamos, nos peinamos y nos vestimos, nuestra más hermosa prenda sería la sonrisa. Comencemos por ella.

La alegría nace con el sol y el sol es quien inaugura cada día en la naturaleza.

Su gran optimismo, su contagioso optimismo está en todas partes: en el canto del ave, en la rosada nube, en la belleza sin igual de las cosas y de los hombres que lo han esperado de pie para alabarlo.

El realiza importantes trabajos; calienta la tierra, da vida a las plantas, recoge las mareas, pone, en todo, esa gran certidumbre que nos es necesaria para guiar nuestros pasos y realizar nuestra tarea.

¿No tenemos, acaso, un programa bastante extenso que cumplir en cada jornada, puesto que para ello hemos venido al mundo? ¿Por qué, entonces, no realizarlo alegremente, si la tristeza es lo único que hace odioso el trabajo?

El zapatero que canta mientras trabaja marca con su martillo el ritmo de la can-

ción; el zapatero que sólo piensa en su horma trabaja sin acompañamiento. Entre ambos —la bota lista— media una diferencia: el uno habrá creído que *únicamente* cantaba; el otro que el hacer botines es un castigo impuesto por Dios.

La alegría hace que tomemos las cosas por su lado bueno. Esto me recuerda una “salida” de Walter Scott: “Sufro de la gota, el asma y de siete enfermedades más; pero, por lo demás me encuentro perfectamente”.

Hay quienes no se encuentran “perfectamente” nunca —ni aún gozando de buena salud— porque cuando no han perdido el ómnibus, han llegado demasiado temprano a un encuentro y no saben decir: “*vendrá otro*” o “*esperaré un rato*”.

La impaciencia es desgraciada, ha nacido desgraciada y se complace en comunicar su desgracia a cuanto toca.

No queráis ser alegres, pues, si sois impacientes. Pero suprimida la impaciencia, que arranca de cuajo a la alegría, preguntaos

cuántos disgustos tienen por causa nuestro mal estado de espíritu. La respuesta será: casi todos.

Cerrar las puertas al buen humor es como hacer la noche en nuestro cuarto. Las sombras nos harán tropezar y caer; fomentan la prevención y nos hacen miedosos hasta el grado de ver un ladrón en acecho donde sólo existe una buena manta para dormir; lo cual ocurre continuamente al malhumorado que choca con todos, reprime la generosidad de su alma ahogada en mortificante duda y ve enemigos por todas partes. Sin necesidad de agregar que la lechuza, el buho y el mochuelo no son aves sonrientes porque están contagiadas del terror nocturno —las menos vistosas también respecto a su plumaje— habría que decir que la melancolía, la tristeza y el tedio son flores de nuestra nocturnidad espinuda y sin perfume, que nadie se apresurará a recoger.

Cuando os pregunten ¿cómo os va?, contestad: ¡Muy bien! Es la manera de que os vaya mejor. De nada valdría decir que nos

va mal: el tiempo que empleamos en explicarnos vale más que la compasión que despertamos; y acaso lo necesitemos para remediar nuestra pena.

Porque salvo la muerte, todo es remediable, y la desgracia es un tejido que, en la mayor parte de los casos, hemos hilado con nuestras propias manos para secar las lágrimas. Levántate contento. La alegría os dirá: *¡Adelante! ¡Vamos! ¡El triunfo sólo sabe sonreír a los que sonríen!*



Sexta Meditación

EL PODER MISMO NO TIENE LA MITAD DE LA FUERZA QUE POSEE LA DULZURA

Leigh Hunt

HUBO un tiempo dulce. El ha desaparecido. Fué aquel tiempo en que los abuelos bebían del mismo vino que la servidumbre, en que las diferencias sociales parecían no existir, y el pobre no envidiaba al rico, porque el dinero valía menos que la virtud.

Hoy la soberbia domina al hombre. El orgullo lo empequeñece. La vanidad le altera el ánimo.

Por todos lados no se ven más que diferencias. ¡Diferencias y rencores! Diferencias concebidas en base de la calidad de las cosas, no de la calidad de las almas; y renco-

res de quienes saben que las cosas se compran a veces al precio de muchas bajezas.

¡Malditos esos bienes si ellos, para peor, han cambiado la naturaleza humana! Con todo, el corazón sigue fiel a sus leyes: se emociona, se alegra, se entristece, conoce la piedad y la caridad como hace mil años.

En él podremos confiar cuando todo fracase.

Una mente no entenderá a otra mente. ¡No importa! Pero un corazón comprenderá siempre a otro corazón. Y esto sí interesa; ya que sólo habremos de pedirle dulzura.

Dulzura para el que sufre a fin de aliviarle su sufrimiento; dulzura para el débil a fin de fortificarlo con nuestra ayuda; dulzura hacia el menesteroso para tener el placer de repartir lo que nos sobra; dulzura, en fin, para con nosotros mismos, siempre necesitados de perdón.

La dulzura es la conquista más grande que el ser ha podido hacer a sus instintos.

El *Phitecantropus* no la conoció: sólo conoció el interés, por el interés llegó a asociar-

se, por la asociación consiguió defenderse.

En su marcha hacia la perfecta humanización, pasó por diversos estadios, hasta el descubrimiento del amor. El día que supo del amor, supo de la ternura, y con ella había salido de la noche para entrar a la historia.

He ahí la gran fuerza. Ante ella frenan todas las rebeldías, se depone la obstinación, ceden las pasiones, se desarman los infames, obedecen los díscolos, vacilan los recalcitrantes, comprenden las multitudes.

Es el arma de Cristo, el mensaje de Cristo, la fuerza de Cristo.

El no necesitó de otra, y la humanidad lo sigue todavía porque bendijo a los humildes, a los débiles, a los desamparados, a todos aquellos que no conocieron la dicha de la tierra, embellecida por sus goces, o no recogieron el fruto en sazón.

Muéstrale un palo al perro: os atacará. Llámale en tono cariñoso: os lamerá los pies. ¿Qué prefieres, el calor o el aullido?

Llevemos la dulzura a la escuela, traigámosla a la sociedad, pongámosla sobre nuestros actos, liguemos con ella nuestras relaciones, usémosla con el amigo para corregirlo, con el enemigo para apaciguarlo, con todos, aun con las bestias, para evitar la ira, y reinará sobre la tierra la anhelada armonía primitiva, basada en distinciones, no en desigualdades.

¿Ella misma no es dulce? Lo es. Florece en los azahares del limonero, en las reseca ramas del durazno, sobre las praderas fértiles, junto al camino polvoriento.

Su grave seriedad no le impide sonreír, mostrarse afable, tener sus ensoñaciones. Imitémosla. Ella sabe lo que hace. Es una vieja nodriza.

✧

Séptima Meditación

“DELANTE DE NOSOTROS ESTÁ SIEMPRE EL INFINITO”

Saint-Hilaire

JAMÁS frase alguna puede impresionarnos tanto. Al leerla corre por la imaginación cierto escalofrío. Es como si una estrella en la noche cayera sobre nosotros y no aplastara.

Ella nos dice al mismo tiempo —con la voz celeste, sideral, del genio— que no debemos considerarnos ni suficientemente pequeños para no estimarnos, ni suficientemente grandes como para estimarnos demasiado.

Sobre todo, nos dice, que debemos desconfiar de nuestra ciega confianza en lo que

hemos hecho, y confiar, por la inmensa cifra de posibilidades, en lo que estamos haciendo.

Ante esta noción, todos los apoyos fracasan, el alma tiembla, la frente se vuelve más humilde en su búsqueda de la verdad.

Oceanos de luz, abismos de tinieblas están más allá del cielo más alto; oceanos de luz y abismos de tinieblas hay más acá del cielo más bajo: sobre la tierra y en el corazón humano. ¡Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño que diría Pascal!

Pero si la matemática misma fracasa en sus exposiciones; si los telescopios más poderosos llegan a escudriñar apenas una distancia no mayor de un millón de años de luz y más allá continúa el espacio; ¿cómo medir, en cifras, la infinidad del espíritu y registrar sus prodigiosas distancias?

El que tiene al infinito frente a sí —como en realidad lo está— sabe que cuenta con infinito número de recursos, con infinito número de obstáculos, con infinito número de alientos para caer y proseguir su loca ca-

rrera a través del infinito espacio de su esperanza que le dice: “¡Más allá!” “¡Más alto!” “¡Más aún!” “Más allá, donde aquello que acaba comienza!”

Criado en el campo, mi mundo — perdonadme que lo llame así— era mi casa rústica; después el pueblecillo amplió sus márgenes y la ciudad las derribó del todo.

A medida que cambiaba de lugar, vivía y estudiaba: agrandaba la edad e iba poco a poco, también, agrandando mi ignorancia: una ignorancia que después de haberme dado a conocer cierta ciencia práctica y limitada de la vida, preguntaba: “...¿Y luego?”, hasta que el pensamiento silenciaba sus respuestas cada vez más tardías, para preguntas cada vez más frecuentes.

De ahí que pronto concebí una matemática para la ambición y la voluntad. La primera crece en progresión geométrica; la segunda —¡ay!— en progresión aritmética. La una son los caballos; la otra el carro por el camino de los años que la memoria va envolviendo con su rosada polvareda.

Pero resignémonos a esa suerte. ¿Qué sería de nosotros, en un mundo limitado, de verdades limitadas y de interrogaciones también limitadas? Sabríamos más de la vida, es cierto. ¡Ventajosísima cosa! Pero también sabríamos más de la muerte. ¿Y qué haríamos con ello? Probablemente echarnos a dormir sobre la infancia, en un presente puro, en un presente ya muerto, sin tener para consuelo ese bálsamo: “¡Mañana!”

Quien se conforme con lo que es, no podrá ser lo que quiere ser. Y el querer ser es el ámbito en que se mueve el idealismo: ese infinito de las personas.

✱

Octava Meditación

VER LAS COSAS POR PRIMERA VEZ

Pérez de Ayala

QUÉ niño no ha sentido la alegría de unos botines nuevos, la curiosidad de abrir un paquete, el extraño misterio que se esconde en “las tripas” de su muñeco?

¿Que niño no ha hecho su felicidad con una caja vacía, una revista vieja o un carrete de hilo?

Todo tiene para él un aspecto inédito, y es capaz de pasarse un día entero buscando la forma de colocar una bolita sobre el vértice de una aguja.

Esta milagrosa dicha de la infancia proviene de su envidiable ingenuidad. A medida que el niño va aprendiendo a utilizar las

cosas como nociones y sabe que la aguja no sólo se llama aguja sino que sirve para coser, se aleja de ella, fatigado de comprenderla.

Todavía en la juventud, un trofeo en el campo de juego, una gran fiesta, el "programa" proyectado con lujo de detalle desde un mes antes, el éxito en los exámenes, la adquisición de su ropa observada, durante algunas semanas, a través de la vidriera, son síntomas, bien evidentes, de que esa ingenuidad no se ha perdido del todo.

Pero las necesidades aúllan. Acalladas unas, nacen otras. El espíritu se va haciendo cada vez más complejo; las necesidades cada vez más refinadas.

Si al principio aquél se conformaba con un goce natural, ahora lo afina, lo estruja hasta que suelte sus jugos más delicados, no lo comprende sino a base de ciertas adulteraciones, y éstas concluyen por tornarse exigentes, disconformes, obsesivas y artificiosas.

A veces el espíritu goza con una curiosidad artística; la necesidad está pensando en otra para reemplazarla. Sin embargo esa misma curiosidad —la segunda— una vez conseguida, nos deja tan desmayados como antes; cuando la tenemos pierde la mitad de sus encantos y ya no sabemos ver en ella esos méritos que *veíamos* cuando los *adivinábamos*.

Ahora pasamos indiferentes ante el candil colonial, no nos llama con su voz poderosa la porcelana china, el incunable sigue durmiendo envuelto en sus años, hasta que otros ojos curiosos nos piden que lo mostremos.

Sepamos ver las cosas por primera vez, la primera vez, la segunda vez, la tercera. ¡Siempre! Sólo necesitaremos, para eso, ojos cordiales, generosos, ingenuos. Con ello renovaremos el placer del hallazgo y lo volveremos a gustar como entonces.

Me dirás que las cosas no cambian; habrás cambiado tú ¡Tanto da! Vuestros cambios, serán sus mudanzas.

Por mi parte sé decir que la calle que recorro desde hace algunos años siempre tiene sorpresas; a veces un poco de sol la decora de nuevo, a veces un árbol tiene una alegría especial sobre la cual no había reparado. Quien no pueda recordar —como no lo recuerdo yo— la tercera rama del segundo jacarandá de la esquina, tenga presente que no lo ha visto todo, porque a veces la mirada gusta de vagabundear, de mirar sin ver, de extraviarse y de extraviar desde su “cinoscopio”, remedando en ésto al Apolo de Delfos, a quien los griegos llamaban el “*Loxias*”, por sus respuestas poco claras.

¿Qué decir del libro, tan variable como el espíritu del que lo compuso y como el propio espíritu interpretador? ¿Del paisaje que tiene siempre la misma coloración de nuestra alma en sus cambios imprevisibles?

Todo muda en un mismo día, en una misma hora, en un mismo minuto. Cambiamos nosotros y cambian las cosas. Envejecen ellas y envejecemos nosotros; y si, conformes con esta idea, vamos viendo las cosas

así como cambian, de seguro que tendremos una mirada nueva. Es lo que precisamos para vivir sorprendidos en un mundo lleno de sorpresas, para vivir contentos en un mundo que no se repite; para vivir admirando en un mundo lleno de cosas admirables.

A veces veo a jóvenes tristes, fatigados, envejecidos, sin ánimo para nada, sobre cuyas frentes parece que hubiera pasado la sombra de una nube... Los interrogo. "Tienen casa, han comido, no les falta nada... Sí; les falta ingenuidad; y de ahí la tristeza, la horrible tristeza de no ser ingenuos para descubrir las múltiples bellezas de la vida, de la tierra y del cielo, que ven los ojos nuevos en el latido de cada instante.

Novena Meditación

LA AMISTAD QUE PUEDE CONCLUIR, NUNCA FUÉ VERDADERA

San Jerónimo

UN hombre sin amigos es como una casa sin puertas. Pero, ¿dónde están la casa sin puertas y el hombre sin amigos?... De todos los sentimientos, el sentimiento de la amistad es el más generalizado.

Gracias al don afectivo, que amplía y complementa la personalidad, el más pequeño no quedará en la incertidumbre y el más grande no sentirá el aliento frío de la soledad. Robespierre, que según Neveuglise, “trataba de resarcirse del amor que sus camaradas le negaban amándose a sí mismo”,

separado del mundo por sus lunetas insensibles y por la hipertrofia del propio yo, no pudo vivir sin el cariño de Saint-Just, de Couthón, de Agustín, de Petión. Tales fueron sus verdaderos amigos.

Napoleón, tan extraño como un fantasma de otro mundo que hubiera tomado cuerpo en éste para dirigir una de las horas más extraordinarias de la historia, se empeña — ¡y lo consigue!— en conquistar la amistad del jardinero de Santa Helena, un hombre rústico pero veraz, a quien regala la chaqueta verde de Austerlitz.

¡Ahora servirá para cultivar flores, después de haber sembrado muerte!

Miguel Angel, que ha arrancado una “Creación” a su creación, que busca a los ochenta años y después de la muerte de Victoria Colonna, el silencio sepulcral de Roma, se complace en conversar con un viejo sirviente, su devoto amigo, cuyas reflexiones no conocemos, pero que podemos intuir a través de sus cartas; “los gatos —dice en una

de ellas— se entristecen por vuestra ausencia, a pesar de que no les falta comida”; y cuando el guardián de aquellos secretos se despide definitivamente para emprender el viaje sin regreso, el escultor del David habla con el alma desgarrada: “¡Con él se fué lo mejor de mi vida, no quedan más que miserias!” (*Vasari*).

¡Ah, las tormentosas crestas de los picachos iluminados por el poder, la gloria o el arte! ¡Ellas también necesitan del calor humano, natural, de los valles de abajo, para no caer en el vacío de la locura o la desesperación!

Porque ¿quién podría soportar el triunfo sin repartirlo en los afectos o la tristeza sin comunicarla a los prójimos? El corazón estallaría.

La amistad es la válvula de Pitt de la emoción: por ella descargamos la adversidad que rompe el equilibrio y la alegría sobrante que nos conmueve.

Hay un momento en que nadie nos cree, en que la desconfianza recae sobre nosotros,

en que tenemos sed de justicia, necesidad de confesarnos con alguien, de explicarnos sinceramente como lo haríamos con nosotros mismos; y es en ese momento cuando la amistad nos brinda la única fe, la única justicia, el único consuelo.

Quien no ha tenido un amigo verdadero no conoce la más íntima riqueza de la vida, porque en él encontrará el afecto que le falta, la ternura que no le ha sido dada, el consejo que busca, el placer que prefiere, la misma tristeza que su tristeza necesitaba; la misma alegría que su alegría no podía encontrar en ninguna otra parte.

A él le diréis todo, ¡hasta lo inconfesable! “Pues quien contempla a un verdadero amigo contempla como otro ejemplar de sí mismo”. Así sentenció Cicerón, en páginas notables dedicadas a T. Pomponio Atico, y así lo afirmó Aristóteles también, al precisar que la amistad era como “dos almas para un mismo cuerpo”.

Las afinidades determinan la gran amis-

tad; la sinceridad no hace más que hacerla verdadera.

El amigo es un hallazgo extraordinario. El más extraordinario de todos, porque entre mil personas sólo una tendrá la misma ecuación de nuestras virtudes. Por eso, es preferible buscarlo despacio, y cuando se lo encuentra, retenerlo para toda la vida. Si necesitas lisonjearlo para que te quiera, adularlo para que te admire, pedirle permiso para censurar uno de sus actos, o quedarte callado por temor a herirle: ¡búscate otro!

El amigo es aquel que te reconocerá bajo los harapos de la miseria, el que no te volverá la cara cuando todos te vejen, el que te extiende la mano cuando los demás se hayan coaligado para venderte; y será también aquel que conserve toda su presencia de ánimo a la hora en que el éxito te haya colocado por encima de su persona, para repriminarte con entereza y mostrarte el error aunque te irrites.

La amistad es un culto difícil: nadie conoce cabalmente esta religión sin imáge-

nes y sin oraciones. La única práctica es la bondad; el único ícono, el afecto, esa incorpórea y alada divinidad que nos envuelve por todas partes, como un vapor cordial que despidiera la propia tierra y del cual está saturada nuestra alma.

Pero esta es la santa amistad. Existe la otra. La que bajo la sonrisa del salón busca nuestra simpatía; la que en el diario bregar se afirma sobre los intereses; la que momentáneamente vive de conveniencias o se nutre de una necesidad social: esa no produce amigos sino relaciones, conocimientos de nuestro ser sociable, no del ser íntimo. Aquél puede contentarse con la ficción; este otro sólo se conforma con lo verdadero. Por eso la intimidad del aula —al dejar el alma al descubierto— es propicia a crear los lazos de amistad más firmes con que las vidas se ligan “para siempre”.

Dichoso aquel que pueda tener un amigo desde la infancia con quien recapitular los días lejanos sin entrar en largas explicaciones. Ese tendrá siempre ante sí *su alma*:

oirá las viejas preguntas y las mismas respuestas, sin que el triste aislamiento intervenga en el diálogo para despertar las borradas imágenes del recuerdo.



Décima Meditación

EL PRIMERO DE NUESTROS DEBERES ES PONER EN CLA- RO LA IDEA DEL DEBER

Maeterlinck.

LAS leyes acuerdan derechos y obligaciones; la moral sólo tiene deberes y deberes.

Deberes del hijo para con el padre, del fuerte con el débil, del varón para la mujer; de todos para uno y de éste uno para consigo mismo en el respeto que debe a los otros.

Hay un deber para cada situación, para cada persona, para cada circunstancia, y la vida no es otra cosa que el conjunto de obligaciones que la conducta impone al individuo para mantener la dignidad.

La pérdida de la dignidad es una muerte anticipada, y esta muerte puede depender del primer deber que se renuncia por cobardía, por debilidad, egoísmo o indecisión.

Pero, ¿dónde están escritas sus reglas? Ningún código las ha enumerado; ningún juez las aplica; sin embargo, la conciencia sabrá siempre dirigir, al individuo con honor, entre los deberes que lo asedian para poner a prueba su carácter.

Ella ayudará a mantenernos enhiestos en medio de la secreta confabulación de las pasiones; preferirá la humilde pobreza al lujo pagado con la vergüenza; gritará la verdad, aun cuando la verdad nos perjudique; saldrá en defensa del que nada tiene, por más que nos solicite una claudicación el poderoso; nos hará acusar cuando todos se callen, y perdonar cuando nadie perdone.

El deber no conoce sino la voluntad firme de andar por un camino recto en que todos nos consideramos iguales.

Por encima del deber, para el alma recta

y honrada, no hay nada, como no sea otro deber superior o más fuerte.

La satisfacción de haberlo cumplido, sólo es equiparable a la angustia de no haberlo podido cumplir.

Cuando se posee el sentimiento del deber, la palabra es un documento, los actos son seguros, las obras sinceras, la sociedad toda se desenvuelve en una atmósfera de confianza.

El juez será juez y el maestro, maestro. Ni aquél dejará de ser recto, ni éste falseará su vocación. Sobre todo, los encontraremos hoy como ayer, dispuestos a aplicar la misma sentencia y a mantener la misma idea.

Es que el deber es *aquello que estamos obligados a hacer* conforme a las leyes de Dios, de donde provienen la moral del hombre y su espíritu de justicia.

Es la justicia positiva y la moral práctica en conjunto, pero, al mismo tiempo, dirigidas por un sentimiento religioso que las torna inflexibles, y poético que les acuerda una emoción profunda y una singular belleza.

Porque no hay duda que existe el culto del deber y la poesía del deber para satisfacer la conciencia y alegrar el corazón de los hombres.

El deber tiene un lenguaje áspero, rudo, las más veces, puesto que no ruega sino ordena y su naturaleza es así dura e intransigente; sin embargo, los varones que lo hablan son más suaves, y las mujeres que lo escuchan más dulces. Es que nada es tampoco más violento que la injusticia gobernada por el arbitrio y la falta traída por la cobardía o la defección.

La gama del deber es tan amplia como las relaciones de la vida, y en ella no hay un solo deber que podamos eludir, que sea suficientemente pequeño o grande, porque hay un solo deber para cada situación y eso es *¡todo el deber!*

Ese deber será bendecido por la gloria o caerá abatido junto al silencioso gesto anónimo: ¡Da lo mismo! Para eso están el deber del soldado y el de la madre.

Pero de uno y de otro —¡entendedlo bien! — dependen la victoria de nuestros ejércitos, el honor de la nación, la historia, que si es una espada desenvainada en el combate, también es el vaivén pacífico de las cunas.

Desgraciada la nación cuyos hijos hayan olvidado esta codificación íntima que encierra a todas las otras virtudes, porque pronto se ablandará en la indiferencia, se debilitará en su moral, será víctima de sus gobiernos y de sus políticos, caerá en la estúpida sensualidad y buscará bajo las sombras del ocaso histórico, siempre propicio para esconder el rostro de la desgracia y la conmovedora soledad de las ruinas, el olvido y la muerte.

Practiquemos este ejercicio difícil y necesario, a fin de estar en “forma” para las grandes acciones, y, sobre todo, para que cada generación pueda decir, a su turno: “hemos sabido cumplir con nuestro deber!” Son las palabras más dignas, para la despedida y el epitafio.

Undécima Meditación

EL TIEMPO CORRE LENTO AL COMENZAR LA JORNADA Y VERTIGINOSAMENTE AL TERMINARLA

Schopenhauer.

NADIE concede importancia al tiempo. Por eso lo pierde y lo hace perder a los demás.

Sin embargo, el tiempo que pasa no retorna. Los relojes no andan para atrás. Caminan hacia adelante y es bueno seguirlos. El péndulo va y viene ante nuestra indiferencia, y en su recorrido ha arrojado ya dos instantes nuestros al pasado.

¡El segundo es el átomo de la muerte!

¿Quién repara en él? ¿Quién repara en el segundo que nos hiere y en el segundo que está preparando nuestra muerte?

Descomponed el tiempo, y toda vuestra esperanza y toda vuestra angustia reposan sobre ese fugitivo jadeo terráqueo.

Sesenta segundos hacen un minuto; sesenta minutos una hora; veinticuatro horas un día; treinta días un mes; doce meses un año; cien años un siglo... y el hombre de nuestro país apenas si dispone de la mitad de ese espacio de tiempo, para realizar la inmensa tarea de vivir.

Quita a él lo que demanda el sueño, lo que reclama la pereza, lo que despilfarra la negligencia, lo que buenamente piden los momentos festivos, y apenas si podrás disponer de una cuarta parte de existencia útil. ¡Es una contabilidad terrible!...

Pero, ¿cuántas cosas magníficas, cuántas nobles empresas, se pueden hacer en esta breve estancia, si sabemos estimar el tiempo y aprovecharlo como se debe?

El tiempo se pierde: a) porque lo dejamos sin empleo; b) porque lo empleamos mal; c) porque lo empleamos en corregir lo que hicimos mal; d) porque lo empleamos

con quienes son enemigos de nuestro tiempo. Estos últimos se dividen: a) en holgazanes; b) necios; c) gente que, no siendo necia ni holgazana, ha concluído su quehacer a la hora en que nosotros precisamos de nuestro tiempo.

El tiempo se gana: a) continuando lo que ya hemos comenzado; b) iniciando lo que vamos a continuar; c) concluyendo cualquiera de estas cosas; d) haciendo cada cosa en su hora; e) o haciéndolas, con justeza, dentro del menor tiempo posible.

El tiempo perdido es vida desperdiciada, vida ya convertida en muerte, pasado que no fué presente, pretérito para lamentar, y, sobre todo, angustia de cargar a la intensidad de una prisa posterior, lo que pudimos hacer con calma y sin arrepentimiento.

Tengamos cuidado de no confiar demasiadas cosas al futuro, porque éste puede no alcanzarnos, que “el tiempo corre lento al comenzar la jornada y vertiginosamente al terminarla”, con lo cual el filósofo de “Parerga” recordaba al alegre abandono de la ju-

ventud, que pasan pronto los días desolados de la vejez.

Perdidas las fuerzas, lo que pudo hacerse en una jornada, precisa seis. Hay que aprovechar, pues, de hacer seis jornadas en una sola, cuando jóvenes, si se quiere favorecer a la vida desde temprano.

Pensando en el tiempo, se aprende a respetarlo. Respetándolo, quizá logremos hacer una obra que el tiempo respete.



Duodécima Meditación

SÉ TU MISMO

Ibsen.

Y LLEGARÁ la hora de las grandes pruebas. La vida querrá saber el valor justo de tu carácter, de tu voluntad, de tu entereza; preparará la balanza para pesar cada una de tus acciones.

—Prepárate sin desconfianza. *¡Sé tú mismo!*

Vendrá el interés con sus viejos aforismos y os dirá: “No pierdas tu tiempo. Por la tierra se pasa una vez sola. Lo que no gastes en diversiones lo emplearás en médico. ¡Goza y sé feliz! Los felices viven dos veces.”

—No lo escuches. *¡Sé tú mismo!*

Se irá el interés y el egoísmo os dirá: “¿No tienes bastante con tí mismo? ¿Para qué ayudar a los otros si los otros no nos ayudarán? Nadie hizo bueno al malo. Prefiere el sillón a la silla, la silla al estar de pie, que lo mejor consiste en estar descansado.

—Largo con él! *¡Sé tú mismo!*

Los necios llegarán a su turno, invadirán el gabinete de vuestro silencio, interrumpirán vuestro trabajo, revolverán vuestra ordenada laboriosidad, cerrarán el libro de vuestras más tranquilas reflexiones: “¿Para qué te mortificas! Nada vale nada. Aprende de nosotros. Hemos hablado mientras tú callabas y tenemos numerosos amigos; nos hemos divertido mientras tú mortificabas tu espíritu, y la fortuna que a nosotros nos sobra a tí te falta.”

—¿Desprécialos! *¡Sé tú mismo!*

Idos los necios, dejarán su cómplice: la duda. Esta no pide permiso para entrar, porque es de la casa. Jamás afirma sino cuando se niega; jamás niega sino cuando se afirma. La conoceréis en seguida. Al prin-

cipio de cada frase, pondrá un *pero*. Sus respuestas son: “¡Quién sabe! ¡Vamos a ver!” Sus preguntas: “¿Para qué? ¿Con qué objeto?” Ella os aconsejará que hagais lo que creísteis prudente no hacer; que dejes de hacer lo que habéis pensado.

—Echala de inmediato: *¡Sé tú mismo!*

Se irá la duda y vendrá la pereza. La conocerás también. La conocerás por el descuido de sus ropas que nunca ordena y por la belleza de su palabra. Nadie es más entretenida que ella. Si la escuchas te hará olvidar sus manchas, los pies gruesos con que pesadamente camina, el rostro legañoso de los que recién se acaban de despertar.

—Afuera con ella. *¡Sé tú mismo!*

Ya creías estar libre. La mentira se acerca. Es una aliada de los débiles y los cobardes. Tiene los modales exquisitos de una dama de sociedad. Viene de un sarao. Os dirá que está de paso para un casamiento. Que de camino irá a un entierro. En efecto, la mentira suele estar en todas partes. En un

mismo instante prepara su rostro para llorar al que se va y para festejar al que llega.

—¡Ciérrale la puerta! *¡Sé tú mismo!*

La sensualidad estaba oculta. Se te presentará también. Tiene un boato trágico. Sus sedas y joyas brillan fantásticamente. Tiene el aire de la virtud cuando es joven, la malicia un poco perversa del pecado cuando es senil, pero, sobre todo, el encanto de acomodarse a la edad, de quitar o aumentarse los años, subiendo o bajando el tono de la voz, según con quien hable.

—¡Niégate a mirarle! *¡Sé tú mismo!*

Y cuando quedes solo, el alma sin más compañía que sus sentimientos, la frente en diálogo con su idea, vencidas todas las angustias, entonces, revestido de un enorme coraje, podrás considerarte más feliz que el rico, más fuerte que el poderoso, más grande que todos; tus sueños se convertirán en realidad y la realidad será preciosa. Tu *serás tú mismo.*

No se necesita más, para conquistar al mundo.

JUVENTUD

LA juventud es algo más que ese período, tan breve como intenso, que media entre la niñez y la edad viril; es un estado de espíritu que algunos no conocerán nunca y que otros podrán conservar hasta los postreros límites de la vida.

Para el joven todo es sonriente, adaman-
tino, asequible, interesante y grande. Ortega Gasset al inventariar las virtudes de la mocedad, dijo que éstas eran cuatro: risa, amistad, amor y entusiasmo y uno de los que formaban al frente de esta legión admirable, coincide con el escritor español, al examinar la enjundia de su vida: “*Aimer inventer, admirer, voilà ma vie!*” (1).

En efecto, nadie admitiría el derecho a usar del título de la juventud a los escépticos, resignados, complacientes y tristes.

(1) *Alfredo de Vigny*, “*Journal de un poète*”.

Para que haya juventud debe haber alegría, lo cual no quiere decir, precisamente, la carcajada aristofanesca, la picardía rabelesiana o el rictus cómico de Molière, sino el trazo claro de la cara que suele ser acompañado por la mirada bondadosa y el alma envuelta en luz; hay que tener audacia, no esa audacia que está más próxima del arres- to intempestivo y de la osadía sin justifica- ción que del coraje, sino esa otra que se resuelve en desafíos al peligro y falta de consciencia ante las dificultades a vencer; y, sazonar la carne de los actos con la espe- cia del idealismo.

El ideal es la razón de vivir del joven. La juventud no calcula, no prevé, no mide el riesgo de los actos y de los resulta- dos. Puesta sobre la acción sólo le bastará saber que es digna de su idea; ante un dile- ma no preguntará de qué lado están las con- veniencias; en medio de las diversas situa- ciones se jugará entera.

Tiene un afán tremendo de justicia, de justicia teórica y práctica, de justicia abso-

luta entrevista como un sueño de perfección y de justicia realizable. Se engaña, pero no miente. El mundo que ha soñado es un mundo perfecto y justiciero para hombres justos y correctos.

Ella conoce el humorismo porque ama las cosas intrascendentes y risueñas, pero abomina de la ironía porque ésta es triste, contradictoria, fruto de la demasiada experiencia y del escepticismo corrosivo (1). Entre la verdad que él uno arranca a la ridiculez y la otra exhibe como un lujo de la mente, se inclina por la que está más próxima a la franqueza. De ahí que sus ojos lo expresen todo: el cariño, el placer, la cólera, la simpa-

(1) La ironía —ha dicho Anatole France— es la última fase de la desilusión. Ver, “*Alfredo de Vigny*”, París, 1868. En el mismo sentido, aunque con un criterio más científico, *Confr.* A. Pittaluga, “El vicio, la voluntad, la ironía”, Madrid, 1930. “La pasión, el “pathos” escondido en la recóndita esencia de la ironía —ha dicho éste— consiste en esto: en que siempre —aunque el pretexto sea otra persona—, aquello que irónicamente criticamos, menospreciamos, desconocemos o rebajamos, es algo que está dentro de nosotros y que nosotros queremos reprimir: y aquello que nosotros irónicamente exaltamos es, en realidad, algo que nosotros quisiéramos secretamente adquirir, o poseer, o gozar.” Ello explica el repudio de la juventud por la ironía.

tía o antipatía, los más diversos matices; y hace bien en ser tan naturalmente expresiva porque el día que tenga que ocultarse se habrá traicionado.

Pero hablemos de los jóvenes que lo son por los años y por el espíritu, de aquellos que agregan a un cuerpo repleto de energías, un alma lozana y una frente sin el sombrío sobrecejo de la duda. Esos jóvenes son los continuadores de la obra que el pasado inició y que nosotros dejaremos inconclusa. Cuando medimos las posibilidades que aún nos quedan — bien pocas, por cierto— de agotar la inmensa alborada de proyectos con que nos recibió la vida, descansamos pensando en esos reemplazantes audaces, frescos, voluntariosos, en cuyas manos habremos de depositar este *presente* forjado con tantas fatigas.

Nuestras ilusiones serán la realidad en que broten otras ilusiones más hermosas, pero para eso es necesario que la juventud sea enérgica y activa, que mire el mañana con

la resuelta voluntad de alcanzarlo para celebrar en él la victoria.

Dos sendas conducen hacia ese mañana: la una es fácil, aligerada de obstáculos, sólo reclama la transigencia con los vicios de la época y la conformidad otorgada al precio de algunas claudicaciones; la otra es difícil, empinada, dolorosa, colmada de desesperación y de abstinencias. Aquélla conduce al éxito inmediato de la comodidad y la riqueza; ésta lleva a la gloria pero puede conducir también al sacrificio.

La juventud tendrá que escoger entre los dos caminos, pero si opta por el primero desde temprano, hará causa común con el ayer, con sus injusticias, con sus defectos, con su atraso, con sus errores, sin dejar una sola huella perdurable de su paso, para que los que vengan vayan más lejos: hacia un mundo más armonioso y bello que el que nosotros hemos conocido.

No renovará, habrá imitado. Tendrá las arrugas, la desconfianza, el abatimiento, la falta de sinceridad de las viejas generacio-

nes que no han triunfado sino sobre un número relativo de hechos y que ya se consideran incapaces de luchar por el resto. Y nada hay más dolorosamente ingrato que un joven envejecido antes de tiempo, porque él no tendrá ni la audacia de cuadrarse ante la rutina ni la valentía de luchar por su verdad.

Una juventud cansada no es juventud, porque la juventud es la mañana de la vida, la hora feliz de los optimismos sin golpear y de las empresas por iniciarse, el alba de la carne y del espíritu, en que el ensueño pone toques de asombro a la realidad y enciende una voluntad desconocida.

Sin embargo, los mismos que le envidian sus músculos tensos, su cara trasparente, la gran agilidad física y espiritual que está inventando garrochas para saltar por encima de los problemas, suelen ser sus peores enemigos. La quieren condenar — motejándola de imprudente, orgullosa y desordenada — a que sea vieja prematuramente. Son los utilitarios y los desmemoriados de siempre quiénes, invocando un interés carente de

importancia y suprimiendo las diversiones saludables, predicán la religión de la tristeza.

Si en vez de darle consejos le dieran ejemplos, y si en vez de perder el tiempo en modificarla le abrieran el camino de la lucha, nadie superaría a la juventud en contracción al trabajo ni en la eficacia de su obra, puesto que el entusiasmo muchas veces logra lo que no consigue la experiencia.

Como quiera que sea, el primer deber de un joven es ser joven.

*

ENTUSIASMO

Si el idealismo es la razón de vivir del joven, el entusiasmo es su gran fuerza. Nadie debe venir a apagarlo. El padre, que con un criterio cerrado, impida al hijo dirigirse con las velas desplegadas hacia la conquista del mundo que ha soñado encontrar por la ruta de su vocación, y el maestro que no alcance a comprenderla o que no la estimule después de haberla conocido, habrán dado muerte al espíritu que en toda vida es el verdadero fanal que la alumbra.

De nada servirá una hermosa inteligencia, un bello carácter, el alma mejor dispuesta, si el entusiasmo no los anima. Cuando falta este divino fuego, el pensar se hace fría reflexión interesada, práctica y calculadora; la fuerza del ánimo quedará exclusivamente reservada para evitar aquellos males que

comprometan a la persona, pero no irá en busca de las grandes empresas y los sentimientos serán tímidos, compasivos y hasta comprensivos, pero nunca resueltos, generosos, amplios como para acercarse a la desgracia o al dolor, llevando la ayuda y el consuelo.

¡Qué hermoso espectáculo, un joven entusiasmado! Ese joven no se detendrá en lo pequeño, apenas si verá lo malo, nunca caerá abatido por las dificultades, tendrá su mirada llena de felicidad y su corazón repleto de alegría y, rodeado por esa multitud que choca, se distrae y codea en pobres distracciones momentáneas, dará, siempre, la impresión de que ha venido *para algo* y *anda buscando algo*.

El entusiasmo es *Fedípido*, el ágil corredor que en dos días, cubre los mil estadios que separan Atenas de Esparta, en busca de la respuesta lacedemoniana que interesa a su pueblo; es *Miguel Angel*, satisfecho con un poco de pan y de vino, durmiendo vestido, trabajando desde la media noche para

ganar tiempo y repitiéndose en la vejez el “¡*Ancora imparo!*” (todavía estudio) de una voluntad más recia que sus mármoles; es *Ticiano*, tocando y retocando su *Ultima Cena* durante siete años, a fin de que las figuras gocen de una perfección que él no ha conocido; es *Benvenuto Cellini*, el más prolijo y fino de los orífices — grabador, ingeniero, pintor, escultor, todo a un tiempo, como en esos milagros del *Renacimiento* — arrojando al horno su vajilla para salvar el *Perseo*; es *Madame Curie*, que al descubrir la radioactividad del *torio* — ya anunciada por *Schmidt* en los *Wiedermann Analen* — continua su trabajo hasta dar con el *radio*; es *Disraeli*, fracasado como escritor, rechazado como político, incluso negado por su origen judío en el medio británico fuertemente aristocrático del siglo XIX, llegando a ser el más grande de los oradores de la Cámara, leader de un partido, y finalmente ministro; es *Beethoven* y *Wagner*, *Goethe* y *Byron*; son todos aquellos que quisieron triunfar y triunfaron contra todos los obs-

táculos. El entusiasmo los sostuvo en los instantes tristes de la pobreza, de la incomprensión, de la injusticia, cuando era más fácil mendigar favores, incurrir en las tentaciones de la comodidad egoísta o entregarse al fariseísmo cobarde de los que no sueñan ni se afiebran por el bien y por la belleza.

El entusiasmo no es la fe, pero a veces la suple; existe independientemente de la verdad y el resultado. La fe implica una seguridad que el entusiasmo no conoce; el entusiasmo es solo una fuerza combativa y ciega, que no pregunta cuántas son las dificultades que hay que vencer ni donde se oculta la victoria.

Tal comparación no significa querer colocar por encima de la fe al entusiasmo —un creyente es siempre más grande que un entusiasta—; sólo aspira a mover la personalidad con un aliento nuevo allí donde la fe está ausente. Creemos en Dios, en la influencia de la verdad y en las ventajas del bien; pero dudamos de los hombres, de sus buenos propósitos y de su prudencia para aceptar

lo mejor. Por no tener más que dudas ¿podríamos cruzarnos de brazos? Muchas veces, como maestros y como escritores, hemos sido tentados por la desconfianza: ¿Para qué estudiar con cariño, si el alumno no tendrá interés alguno en comprendernos? ¿Para qué escribir, si el sordo rumor callejero no prestará oídos a nuestras palabras? En esos momentos en que la fe nos falta, el entusiasmo viene a decirnos que estudiemos y escribe por nosotros.

La juventud desaparece cuando el entusiasmo se enfría, cuando el secreto del oficio reemplaza a la vehemencia de la inspiración, cuando la técnica triunfa sobre la sinceridad y sobre el sentimiento. Visto desde allí, desde la madurez, el entusiasmo es sólo interés, pero un interés embellecido por el acento heroico de la vida. Por eso, una juventud apática, escéptica o desanimada, no es juventud.

El gran secreto consiste en vivir el mayor tiempo posible, entusiasmados en algo. Si no

lo conseguimos, el hastío se apoderará de nosotros restando fuerza a nuestras palabras, sentido a nuestros actos, belleza al mundo que nos rodea y alegría a la obra que hagamos.

*

IDEALISMO

OBRAR es fácil; Pensar difícil; obrar de acuerdo con lo pensado, incómodo”.

Así dice Goethe en su “Wilhelm Meister”, asentando una enorme verdad, porque estamos cansados de ver quiénes obran sin pensar y quiénes piensan sin obrar. Los unos son espíritus prácticos y los otros utópicos. Aquéllos, poseídos de un simple afán acomodaticio, resbalan por las pendientes de la moral hacia los hondones de la vida vulgar, sin ofrecer resistencia a los errores de la época, con cuyos cómplices celebran alianzas; estos otros, tienen sueños pero no los examinan, protestan pero no se sacrifican en sus cargos contra los vicios; viven en un mundo superior de perfecciones que los subyuga, pero no descienden al valle humano porque el polvo los asquea e irrita.

Si llamamos materialistas a los primeros, ¿podremos llamar a los segundos, idealistas? No; el idealismo no consiste en poblar de ilusiones la cabeza; consiste en descubrir una realidad en nuestros sueños y trabajar por ella para que algún día el sueño se convierta en realidad.

Mucho más cobarde parece el espiritualista que habiendo entrevisto un mundo ideal, reniega la misión de predicarlo entre los hombres, por el temor de verse befofo o incomprendido; que el materialista, víctima de los sentidos que lo tienen aprisionado o de la debilidad que lo esclaviza.

Amamos la vida —el más preciado de los bienes— pero no todos la aman de la misma manera. Unos la aman en lo que tiene de bestial: en cuanto a sus goces puramente carnales, para dormir, beber y regalarse con sus ofrecimientos; otros la aman por lo que ella significa para el logro de magníficas conquistas.

¡Egoísmo y altruísmo! Mientras el egoísta sólo se aprecia a sí mismo y por consecuen-

cia sólo concibe a la vida con un interés particular; el altruísta la celebra como regalo para los otros. Es en la legión de los altruístas donde el idealismo encuentra a sus héroes: filántropos, reformadores, sabios, artistas, músicos, gentes todas que aportarán un poco de belleza al cansancio del mundo, que lo afiebrarán de nobles inquietudes, que lo guiarán hacia los nobles horizontes, porque han tenido una concepción superior de la vida.

El ideal no es un absurdo. Tiene su lógica. Es una realidad en potencia; es lo que queremos que sea y no hemos logrado, pero cuya arquitectura entrevemos magnífica, porque todo —lo real y lo irreal— está en el hombre “sub especie eternitatis” a la espera de que le demos la forma de nuestras ambiciones.

El idealista tiene, a menudo, el perfil de los disconformes, pero ¿quién podría aceptar o tolerar la ramplonería, el fraude, la licencia, la mediocridad, la defecación, el atraso, el robo? No; si no es cordura, conformis-

mo o indiferencia, lo que necesitamos. Lo que necesitamos es un poco de locura, de esa sagrada locura que desoiga la voz de los intereses, el consejo de los cobardes y la resignación de los torpes para ver, por encima de la estepa uniforme del pensamiento vulgar, aquellos signos que nadie observa y que son como guiñadas del más allá.

✱

ACCION

EL lenguaje del joven es la energía; su discurso, la acción. Mala juventud es aquella que no tenga un corazón siempre abierto hacia los nobles llamados, su frente alerta para comprender los grandes problemas, sus puños cerrados para defender cualquier noble empresa.

Educarla en la quietud es prepararla para la insensibilidad y orientarla hacia la cobardía.

Mediante la acción, el pensamiento se convierte en hecho. Ella es el esfuerzo con que logramos imponerla o, de otro modo, los medios de su realización.

Siempre se han estimado más los hechos que las palabras, pero nunca como en nuestro tiempo, y es porque la época, fuertemen-

te intelectualista, ha caído un poco en la pereza de las ideas sin aplicación. Nos pasa lo que a Perseo, según Platón (*Banquete*), de quien los dioses dudaron, porque siendo buen tañedor de cítara parecía demasiado blando para morir por quien amaba. Se conversa más de lo que se hace; se piensa más de lo que se logra. Y sin quitarle importancia el pensamiento, es evidente que, él sólo no basta a modificar las cosas; un conjunto de hombres resueltos han valido, muchas veces, algo más que una colección de filósofos y de literatos.

Hay una suerte de intelectualismo a la moda que reniega de la miseria, de los delitos, de la desocupación, del libertinaje, pero al cual no convendrá pedirle auxilio sin temor a vernos rechazados. *Julien Benda* denominará, a los oficiantes de esta capilla inaccesible, los "*clercs*" y protestará en una de sus obras más difundidas, que abandonen la serena atmósfera del pensamiento puro para descender a la plaza pública, no sin antes justificar a *Gerson* cuando subió al

púlpito de Notre - Dame para acusar a los asesinos de Orleans, cuando *Spinoza*, con peligro de su vida escribió sobre la puerta de los matadores de Witt: “*Ultimi Barbarorum*”, cuando Voltaire luchó por Calás, cuando Zola y Duclaux sirvieron de testigos en un proceso célebre porque “estos *clercs* estaban plenamente, y de la más alta manera, en su función de *clercs*; ellos eran los oficiantes de la justicia abstracta y no se ensuciaban con ninguna pasión por un objeto terrestre”. (1)

Pero *Curzio Malaparte*, mucho antes que el escritor francés arremetió contra el olimpismo literario, de manos de abate y pasiones blandas, definiéndose como un hombre menos amigo de la idea que de la acción. “Yo no soy de esos —dijo— que tienen en menosprecio la fuerza, el valor, la violencia, la ferocidad y quisieran que los hombres de fe y de acción cediesen el paso a los intelectuales”, con lo cual se ponía de parte de

1) JULIEN BENDA, *La trahison des clercs*. Grasset. París, 1927, pág. 63.

los que animan con pasión sus ideas y las llevan al seno de la multitud. (1)

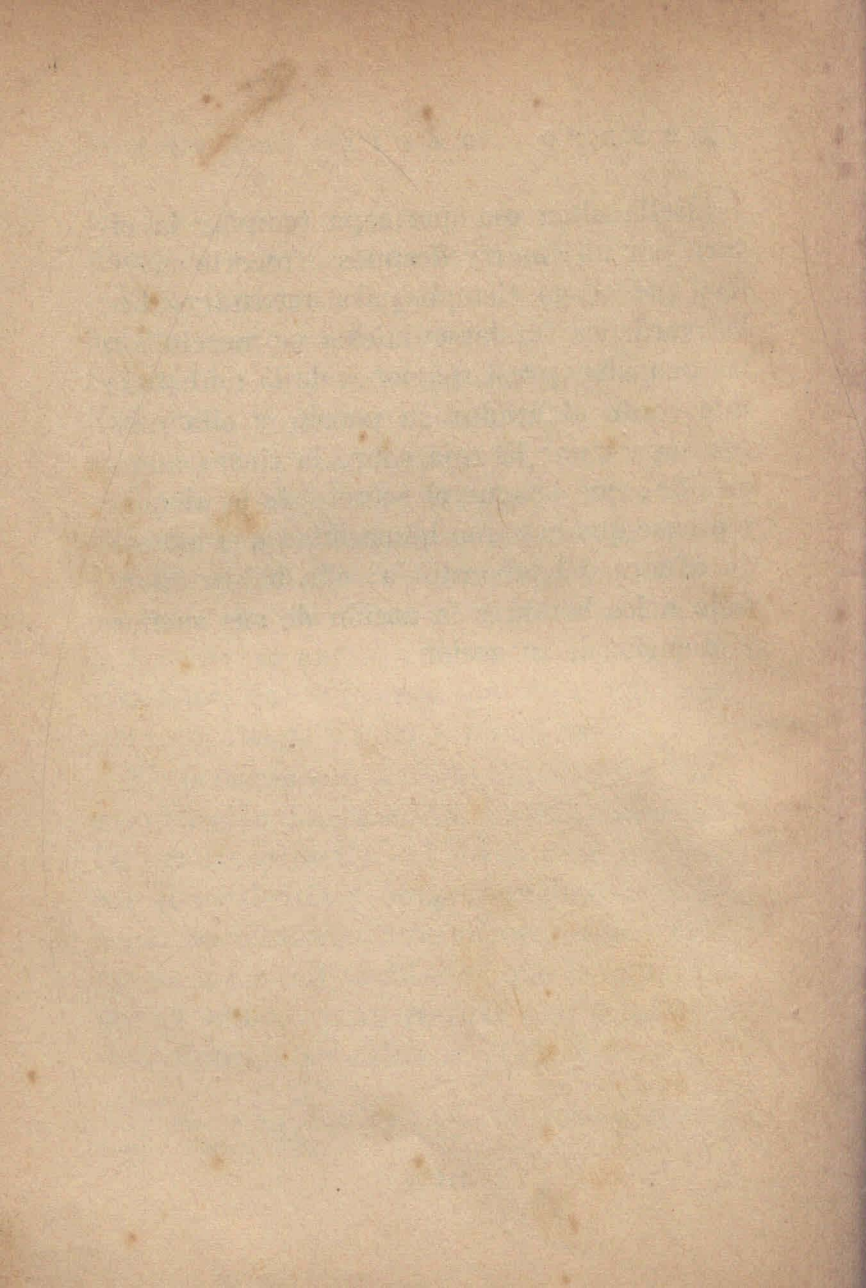
Entre nosotros, la palabra fué acción; los hombres que escribieron, actuaron. Actuó Sarmiento, inspirado por las propias polémicas de la pluma; Alberdi, tan claro para concebir que deja ver, sin esfuerzos, al realizador; Mitre, que, según una frase afortunada, hizo la historia y después la escribió. Pero esas figuras han pasado y las llamadas a sustituirlas, o se desentienden de la acción o la abrazan como furiosos improvisadores que creyeran que ésta sólo consiste en atropellar las circunstancias.

Ni pensamiento aislado, sombrío y lujoso; ni acción desordenada, directa y fanática. La gran aspiración del joven debe ser pensar con valentía y obrar resueltamente. No negar su concurso, sino ofrecerlo generosamente a los mil problemas que le aguardan por el camino para pedirle una solución y comprometer su esfuerzo. (1)

(1) CURZIO MALAPARTE, *En torno al casticismo de Italia*. Raggio. Madrid, 1929.

¡Bella alma esa que sepa templar la cítara por un amor y después ofrecerle su vida; que tenga tiempo para meditar sobre las verdades fundamentales y se mezcle con las pequeñas preocupaciones de la multitud; que cante al arador su poema y ella misma sepa guiar la reja sobre la tierra adormecida; que busque el secreto de la ciencia y piense que hay una humanidad que aguarda afuera del laboratorio; ella habrá aportado a los hombres la acción de sus sueños y el sueño de su acción.

★



JUSTICIA

LA justicia es una cualidad del carácter. En tal sentido no nace de la ley como obligación imperiosa de la fuerza social que en ella se expresa; sino de la persona. Es la luz a cuyo resplandor se iluminan los juicios y los actos.

La calidad del hombre justo ha sido suficientemente recomendada en todos los tiempos para que incurramos una vez más en su elogio. Pero ella eclipsa a todas las otras: bondad, inteligencia, sabiduría, colocada sobre el vértice mismo de la moralidad.

Por ella no sólo reconocemos los méritos sino que los calificamos de acuerdo a una segura tabla de valores. La juventud no concibe ni admite la excepción, el fraude, la arbitrariedad o la injusticia. Se pon-

drá siempre de parte de la razón, dispuesta a dar a cada uno lo que le pertenece. Por eso lucha y por eso se apasiona en torno de las figuras que le han hablado en lenguaje veraz, se sacrifican por las causas nobles o saben promover las grandes empresas.

La juventud que se arrodilla ante el favor, que todo lo espera de la dádiva, que claudica sus convicciones, que mendiga honores o se pasa al campo de los falsarios, ha nacido vieja, con los vicios de la vejez y sin ninguna de sus virtudes. ¿Qué podremos esperar de ella?... Integrará la legión obscura de los que siguen al carro de la civilización sin fuerzas para arrastrarlo; será esclava del lujo venal, por no poder soportar las angustias de la pobreza decorosa; irá a constituir la claqué pagada que adula al demagogo; tendrá la indiferencia del bien público; llenará las profesiones con su mediocridad y pasará de largo ante los excesos y los abusos.

Entre las muchas crisis que podemos padecer —crisis moral, crisis del carácter, cri-

sis de la sinceridad,— la crisis de justicia es, sin duda, la más peligrosa, no sólo porque nos deja como huérfanos dentro de la sociedad que no la practica, sino porque perdemos el máspreciado de los estímulos: el que se reconozca el significado de nuestros actos y la razón de ser de nuestra obra. Cuando la injusticia llega a reinar, todo es incierto, deleznable, borroso, desde el triunfo hasta la derrota; menos merecido ésta que aquél, porque la complacencia suele rechazar lo que vale en razón de haber estimulado las cosas sin valor.

La injusticia crea divisiones, destruye el principio de la solidaridad, engendra odios y anima rebeldías. La historia de la injusticia es la historia de las tiranías, de las miserias y el sufrimiento en todas las épocas sobre la base de la opresión social y el desequilibrio. Epocas rencorosas y oscuras agitadas por el disturbio, y explotadas por los especuladores. Entonces no se respeta lo más sagrado de la personalidad: su pudor,

sus ideas, el derecho a elegir entre los cultos un culto y entre los partidos, el partido; adiós libertades, fueros y derechos, el terror afligirá el alma, la delación se escurrirá en las sombras y un mundo de cobardes reemplazará al de los hombres libres.

¿A quién recurrir? Los conceptos cambian; las palabras tienen un distinto sentido; son morales los inmorales y viceversa; no hay razón ni derecho, sino sofismas y parodias legislativas. Por eso la justicia es una gracia de Dios que los hombres aplican bajo su invocación y que sólo pueden negar cuando lo desconocen como fuente de todos los bienes.

El joven que se precie, debe hacer suyas las palabras de los varones que arrancaron a Juan sin Tierra el documento de Runnymede: "A nadie venderemos, a nadie negaremos o demoraremos al derecho a la justicia".

DISCIPLINA

CUENTA Tolstoy que, siendo oficial y viendo a uno de sus compañeros golpear a un hombre que salía de las filas, le dijo: “¿No te sientes avergonzado de tratar así a uno de tus semejantes? ¿Por consiguiente, no has leído los Evangelios?” A lo que el otro respondió: “¿No has leído, por consiguiente, los Reglamentos Militares?”

Tolstoy significa allí la parte de bondad, de piedad, de perdón; el otro oficial, la parte del deber, el orden y la disciplina. Parecerá chocante el ejemplo, crudo el castigo, abusivo el procedimiento, pero muchas veces, aunque los sentimientos celebren los evangelios, el carácter debe optar por los reglamentos; o, de otra manera, comprendemos a

Tolstoy, pero nos vemos forzados a ser inexorables como su compañero. (1)

Es lo que hace el padre con su hijo, el maestro con su alumno, el crítico, cuando persiguiendo las altas finalidades de su apostolado olvida la amistad que le indicaría un juicio parcial, y el juez que sólo escucha la voz de los códigos, aún en aquellos casos en que un interés humano fomenta su indulgencia.

No voy a defender aquí —¡entiéndase bien!— la disciplina del látigo, porque ella es brutal; pero tampoco voy a ensalzar la sensiblería corriente de un “laissez faire” en extremo tolerante: ambas son indignas del hombre. Pero, desgraciadamente, por no incurrir en el sacrificio del deber se cae en

(1) Los antiguos, según Homero, confiaron la educación de Aquiles al centauro Chiron y Maquiavelo dice en *El Príncipe*: “Esta alegoría no significa otra cosa sino que tuvieron por preceptor a un maestro, que era mitad hombre y mitad bestia, o sea, que un príncipe necesita utilizar a la vez o intermitentemente de una naturaleza y de la otra, y que la una no duraría si la otra no la acompañara.” *Napoleón*, en sus comentarios a la obra, festeja la maquiavélica exégesis. Conformermonos, por nuestra parte, con que el legendario “magister” sea, mitad evangélico y mitad reglamentario para provecho de nuestra democracia.

el olvido del deber; escapamos al acatamiento pero rodamos, por el abandono, hacia la vergüenza.

De dos maneras se puede concebir la disciplina: como observancia de los ordenamientos que fijan la obligación social del individuo y como rigor de la conducta personal. La primera excede los límites de esta obrita; la segunda constituye su propia materia, ya que vamos en busca de una vida fuerte, aprovechada y dueña de sí misma.

Será inútil vindicar la libertad para rechazar la disciplina o negarla en nombre de la insobornable individualidad, porque donde ella falta no hay respeto por nada ni por nadie, incluso por la propia persona víctima de sus caprichos, de la omnipotencia de sus instintos y del suplicio tantálico de lo pueril.

Así como el atleta prepara sus músculos para soportar los grandes esfuerzos, así hay que adiestrar la voluntad en un ejercicio severo, para que logre el lauro en las justas de la inteligencia.

Disciplina es entrenamiento. Una vida disciplinada es menos propensa a dejarse arrastrar por los vicios, el desaliento, los placeres, las influencias perniciosas, los mil embustes y celadas que le salen al paso para encanallarla o deprimirla, que aquella otra sumida en la blandura oriental del sensualismo y la comodidad.

No en balde *disciplina* en latín significó doctrina, enseñanza o ejemplo —*Disciplinae aliis esse*, dijo Plauto— y en castellano tuvo acepción de latiguera, mancomunando así el chasquido del rigor a las salutíferas ventajas docentes que se trenzan en una misma palabra para las dos lenguas.

Hay que aspirar al gobierno de uno mismo y para eso tenemos que ser parcos de entrada; sobrios en la medida en que podamos prescindir de lo más elemental; duros sin disculpas; fuertes hasta el grado de soportar las mayores dificultades y privaciones incansables para poder lograr el triunfo sobre el sueño, la fatiga y los fracasos; enérgicos, con esa energía reconcentrada que

nos permita perderlo todo sin tener una sola palabra de ira y volver a comenzar sonrientes nuestro trabajo.

Por la disciplina se logran tales resultados. Ella prepara el pensamiento, cultiva el gusto, nos aleja de la redundancia y de la retórica, nos hace seguros, claros, precisos; es el buen sentido, como sistema de la vida, llevado a las zonas menos seguras de la idea-ción, y es esa fuerza que nos permite emplear en la lucha con eficacia, todas las otras facultades humanas. En fin, una lógica de la energía.

El joven indisciplinado será como un barco sin gobernalle, errando a la deriva por un océano de dudas hasta el momento en que caiga en las restingas trágicas del envilecimiento.





ORIENTACION

CHESTERTON —cuyo fino humorismo no le ha vedado ser sentencioso muchas veces— ha dicho en el prólogo de sus “Heréticas”: “Creemos que una patrona debe tener más en cuenta al tantear un huésped, cuál es su filosofía, que su sueldo; lo propio pensamos de un general, a quien debe importar más conocer la filosofía de sus enemigos que su número”. Los posaderos que recibían sonrientes a don Quijote ¿comprendieron antes que nosotros su *quijotismo*? ¿La audacia de Milcíades en Maratón, no nacía del previo convencimiento de que un hombre libre vale más que cien esclavos juntos?

Recibid a un escéptico que no crea en nada, ni en el honor, ni en la honradez, ni en los compromisos, ni en la amistad, ni en las

deudas, y ese hombre pondrá en práctica su escepticismo; acoged al cristiano que proyecta sus actos desde la fe, respeta su palabra, procede con rectitud y considera las cosas con seriedad; sus acciones estarán de acuerdo con su manera de pensar.

Lo mismo ocurre en la guerra, donde no basta la máquina militar poderosa y los recursos múltiples, sino el entusiasmo, la causa que agrupa a los ejércitos, ese lado divino que provocara la admiración de Edgard Quinet y que obliga a un pueblo pequeño a agrandarse en el patriotismo; así como a una nación fuerte, movida por el interés de la expansión injusta, a disolverse en la desordenada fuga de la derrota. La vida tiene algo de guerra y de pensión: luchamos hasta el final, sobre un mundo prestado y somos, al mismo tiempo que huéspedes en un mesón de tránsito, generales al frente de la legión de nuestros actos en busca de la victoria definitiva.

Por eso, lo primero que hay que hacer es concebir una filosofía, comprenderla y po-

nerla en marcha. No basta la disciplina; es menester tener una orientación. Dicho de otra manera, la orientación consiste en saber qué nos interesa y hacia adónde vamos.

El joven que no la posea desde temprano estará siempre comenzando, vivirá en la inseguridad, correrá el albur de perder todo lo que hace, porque a una afición seguirá otra, a la pasión antigua la nueva, y entre bruscos entusiasmos surtidos por la emulación y desmayos del ánimo provocados por la falta de fe, vagará sin rumbo, deteniéndose aquí y allá, vida atraviesa. Será hoy pintor para mañana componérselas de comediante, mudando pincel por máscara, o alternará ambos oficios sin arraigo definitivo en ninguno.

La falta de orientación está indicando, a menudo, falta de carácter.

Es claro que, no se puede pedir a todos que pongan proa a un ideal y que lo sigan sin sufrir desvío en la derrota: las borrascas de la vida suelen rechazar el bajel, golpear los flancos, romper las antenas y a me-

nudo lo llevan, de recalada forzosa, a otros puertos. Pero el buen marino aguardará la marea alta y el viento propicio para hacerse a la mar tras el logro de sus inquietudes.

Lo grave no es el accidente, la postergación o el rechazo cuando provienen de la adversidad, sino la inconstancia y el olvido, la muda de gustos y las alternativas en el pensamiento.

El que tiene una orientación tiene un estilo y la vida sin estilo es vulgar, maleable, pobre, presta a ser llevada y traída por las circunstancias.

El espíritu sumamente modificable de los que no han hallado un sendero definitivo, no se dará entero ni se jugará por una causa; y hay que casarse con las ideas para que éstas sean prolíficas, recojan nuestra sangre y la trasmitan en el fluir de las generaciones.

Abomino de esa masa gris, inerte y tornadiza que no sabe sacrificarse por sus convicciones, pero más todavía abomino de los jóvenes indolentes, que se suman a ella, por-

que no han querido abrazar una causa y convertirla en pendón de sus luchas.

¡Cuánta importancia cobra, a nuestra vista, el joven que resueltamente se lanza a la batalla de la vida! ¡Cómo respetamos al hombre que se define y permanece leal a sus convencimientos! ¡Qué admiración no provoca el sabio substrayéndose al ambiente banal, a la popularidad y al aplauso, para perseguir con firme y sostenida entereza un descubrimiento! ¡Qué modelo hermoso ese del hombre público invariable que no claudica en sus sistemas y que cae abrazado a su bandera!

Pero las juventudes de hoy son poco felices. Han nacido en épocas oscuras, confusas, dominadas por el afán material y desvanecida de ideales. Al ingresar a la *pronaos* de la lucha, mira a su alrededor, observa una muchedumbre de caminos —algunos fáciles y tranquilos que conducen a la mediocridad; otros más empinados y ariscos que llevan al renombre—; pregunta cuál habrá de seguir,

no viendo sino en la lejanía cumbres gloriosas y opta por los primeros.

Pronto halla triste el paisaje, inaguantable la soledad, vacío el horizonte. Desorientada regresa al punto de partida, mientras va dejando en los breñales el entusiasmo de la magnífica aventura y las energías mejores, para no sentir sino el sofocón de la marcha inútil y el polvo del escepticismo ilavable.

La falta de orientación se resuelve, generalmente, en vacío espiritual. Cuando la duda cala el hueso, agobia la actitud; fallan los principios, las reservas de la voluntad flaquean, no hay nada que nos conmueva ni nada que sea digno de un culto, el acto pierde su importancia, la forma da en sus relieves de una frialdad perfecta otras tantas impresiones de la hueca ineditéz del fondo.

Los viejos nautas pusieron su proa en la estrella distante para descubrir lontananzas de un prestigio magnífico y fantástico; los jóvenes deben hacer lo mismo, al zarpar sobre el mundo, si quieren descubrir nuevas tierras a la esperanza.

SENTENCIAS

1.—Para trabajar ligero, hay que pensar despacio.

*

2.—El que quiere todo lo que ve, no ve lo que quiere.

*

3.—Hay que creer en algo para que nos crean.

*

4.—El que habla mal de los otros debe esperar que los otros hablen mal de él.

*

5.—Cuando los sueños no van adelante de uno, se quedan atrás para siempre.

*

6.—Para llegar lejos con nuestra obra, hay que mirar alto.

7.—Aplicáte a conquistar lo que envidias
y sabrás admirar.

*

8.—El que no es capaz de tomar una deci-
sión, estará obligado a seguir la de los
otros, sea buena o mala.

*

9.—Para llegar a las cosas grandes, hay que
empezar por las pequeñas.

*

10.—El mejor amo : uno mismo ; el mejor mu-
camo, también.

*

REGLAS

1. — PARA EL BUEN APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO

ANTE todo madrugar. La mañana tiene una energía especial. La atmósfera ozonificada anima las neuronas. El que se levanta tarde no ha sido despertado por la naturaleza. Tal ventaja no puede ser precisada sino después de los treinta años. La razón es científica. La célula juvenil es en extremo vibrátil, recoge a todas horas la sacudida del éter, que, con variación de ondas —radiaciones calóricas, eléctricas, luminosas, químicas, los rayos X, rayos blandos de Holweck, rayos *gamma* del radio y ondas cósmicas— actúa constantemente sobre ella con mayor o menor intensidad; la célula menos impresionable del hombre maduro, recoge solamente las descargas más fuertes a la

hora del esplendor matinal. De ahí una “mínima” y una “máxima” en el pensamiento que corresponde a la influencia del orto sobre la naturaleza. El sol da una voluntad especial para el trabajo (1).

Después, trabajar conforme a un plan y seguirlo sin desmayo. No apartarse de él, salvo en los casos de enfermedad. La inteligencia tiene sus hábitos. Encuentra las ideas donde las encontró el día anterior, y si es posible a la misma hora. En ese sentido se produce una suerte de “especialización”, que la afina, cuando está en contacto con su “hora” y se la orienta hacia un mismo

(1) *Confr.* sobre tan interesante tema el libro de Jorge Lakhovsky, “*Le Secret de la Vie*”, París, Gauthier-Villars, 1929.

Ya el bueno de Enrique Federico Amiel, entrevió esto, y lo expresó de modo poético en su diario íntimo: “Si cada día es una repetición de la vida, cada alborada firma con la existencia algo como un contrato nuevo. En el alba todo, es fresco, fácil, ligero, como hecho para la infancia. En el alba, la verdad espiritual es como la atmósfera, más transparente, y los órganos como las hojas tiernas, absorben la luz, aspiran más éter y menos elementos terrestres. Si la noche y el cielo estrellado hablan de Dios, de la contemplación de la eternidad y de infinito, el alba es la hora de los proyectos, de las voluntades y de la acción naciente”. “*Diario Intimo*”, T. I, pág. 41.

trabajo. Hay, pues, una especialización de tiempo y otra de materia, que todo trabajador intelectual conoce, y que, en el último caso, ha sido estudiada con acierto (2).

Cambiar de trabajo. — El estudiante encontrará la forma de descansar si pasa de la realización de sus deberes a la observación de láminas, del libro de texto al libro de consulta: el diccionario, por ejemplo, si no se posee otro libro a mano, es un buen elemento para combatir la fatiga de la atención, al mismo tiempo que despierta ideas, porque las palabras tienen un halo de pensamiento, a cuyo sagrado resplandor se excita el nuestro.

Trazarse un horario. — Fuera de fijar el orden más apropiado del trabajo, nos hace exigentes y disciplinados. Cada cual debe establecer el suyo, de acuerdo al tiempo de que dispone y la tarea que realiza.

He aquí el plan de trabajo de *Benjamín Franklin*.

(2) Santiago Ramón y Cajal, “*Reglas y Consejos sobre Investigación Científica*”, Madrid, 1925.

PLAN

HORAS

MAÑANA	}	5 6 7	}	Levantarme, lavarme, encomendarme a la bondad divina; arreglar los quehaceres del día, trazar su plan, ocuparme de mis estudios presentes, desayunar.
Pregunta:				
¿Qué bien haré hoy?				
	}	8 9 10 11	}	Trabajar.
MEDIODIA	}	12 1	}	Leer, examinar mis cuentas; comer.
TARDE	}	2 3 4 5	}	Trabajar.
Pregunta:	}	6 7 8 9	}	Arreglar todas las cosas y cenar, música, diversión y conversación. Examen del día.
¿Qué bien he hecho hoy? ..				
NOCHE	}	10 11 12 1 2 3 4	}	Dormir.

2. — PARA LA ORGANIZACION DEL TRABAJO INTELECTUAL

No basta trabajar, hay que saber trabajar. Todos los días, por las clases, las lecturas obligadas y los libros, la observación y las conversaciones, recibimos un conjunto de conocimientos que no siempre podemos retener en la memoria ni sabemos utilizar. La memoria suele ser a veces desleal. Tiene sus traiciones que la edad explica: en la juventud, por la desatención, y en la vejez, por un fenómeno que los psicólogos han denominado la *amnesia senil*.

Cuando se llevan algunos años trabajando, uno se da cuenta que, de todo lo que se ha estudiado, no quedan sino restos: impresiones, conceptos generales, vagas ideas que un día arraigaron firmemente sobre el

espíritu. ¿Pero, podremos reemplazar, en cualquier momento, las nociones que hemos perdido o reconstituir las que el tiempo ha desmoronado? El método de trabajo que era lo primero que se debió haber aprendido, suele ser lo último que solemos hallar, y a veces como fruto de una experiencia demasiado tardía.

Hay, pues, que comenzar temprano la obra de poner orden en nuestros conocimientos, agrupándolos y clasificándolos. Debe comenzarse en el Liceo o en el Colegio Nacional. La mejor manera será siempre conservar subrayados los libros de texto, fondo principal de nuestra biblioteca futura, y los cuadernos de clase. Nadie hace esto. Sin embargo, los libros tienen una intimidad, y aquellos que han compartido nuestro esfuerzo disciplinado, ofrecen más rápidamente el dato, por una incitación "sui generis" de la memoria; y los cuadernos de apuntes nos vuelven a poner sobre la pista de antiguas sugerencias.

Se debe continuar ese sistema en la Facultad. Allí falta, debido a la libertad de la enseñanza, el *apoyo moral*. El profesor no puede seguir "el caso" del alumno, y éste debe encontrar, sólo sus propios métodos de trabajo. Si no lo hace, se verá lanzado a una aventura en que recibe, cuando no el fracaso por toda recompensa, la peor parte del lote en lo que respecta a la vida profesional.

Hay necesidad de hacerse una *propedéutica general* que organice el conjunto de los conocimientos que se deben adquirir, antes de proceder al estudio de una ciencia cualquiera. Para ello es menester *reunir el material, y después clasificarlo*.

Sobre lo primero no es menester detenerse; sobre lo segundo es conveniente decir algo. La clasificación más acertada es la que se realiza por fichas (1). Si uno se dedica a la Historia, la Medicina o el Derecho, a

(1) El uso de la ficha fué incorporado al trabajo intelectual por el Abate Rozier, miembro de la *Academia de Ciencias de Francia*, quien la utilizó para la "table des matiéres" de esa institución.

cualquier ciencia, debe seguir el siguiente orden:

1.º Apuntar todo dato nuevo con respecto a la materia, cuidando de no incurrir en una acumulación inútil.

2.º Anotar todo libro que trate del tema fundamental de nuestros estudios.

3.º Hacer lo propio con las materias afines.

4.º Conservar anotados, agudezas, aforismos, máximas, etc., que tanto pensamiento ahorran cuando se trata, sobre todo, de hacer un artículo, pronunciar una conferencia o realizar trabajos de más largo aliento.

5.º Inscribir —conservando aparte— artículos de diarios y revistas. Luego, las fichas habrán de ser repartidas por materias, y, dentro de ellas, clasificadas por orden alfabético de autores. Las fichas utilizadas por Groussac eran de 13,8 x 10 cms. —verticales—. Por mi parte he manejado con provecho el record universal 15,2 x 10 que se

adaptan bien a los pequeños ficheros. Bastará cambiar de color —fichas blancas, rosadas, azules, etc.—, para que un fichero de dos guías responda a todas las necesidades del estudiante.

En esa forma no sólo lo aprendido se recuerda fácilmente sino que abreviamos tiempo. Por lo demás, como la memoria está en función del *interés*, la *emoción* y la *atención* el dato escrito es más fácil de retener. Al copiarlo, generalmente, lo hemos fijado.

Descartes atribuía todos sus descubrimientos a un buen método de trabajo, y Darwin, que poseía una mala salud, sólo necesitó pequeños horarios —de 8 a 9 y 30; después de 10,30 a 12 y 15 todos los días— para realizar su obra fundamental “El Origen de las Especies” (1). De ellos conviene aprender que el método de trabajo es de capital importancia. De nada vale trabajar hoy 10 horas y mañana nada. Preferible es

(1) Ver “*La Vie et la correspondance de C. Darwin*”, trad. Varigny, 2 vols. pp. 37 y 55.

N O E M A S D E V I D A

destinar la cuarta parte de ese tiempo todos los días. El esfuerzo constante y seguro es el que mejor resultados da y el que fatiga menos.



3. — ACERCA DE LA LECTURA Y FORMA DE REALIZARLA

No hay que leer de prisa. La atención no suele correr. Cuando se la obliga a trotar por las páginas, queda rezagada. Llega un momento en que ella anda por una página y nosotros por otra. Tampoco conviene leer varios libros a la vez, o con poco intervalo de tiempo. Lo cual no quiere decir que no se tenga pasión por la lectura. Lo que no hay que tener es la pasión de *Don Quijote*, porque ella, si no lleva como en el caso del manchego a la locura, puede conducir a la falta de iniciativa cerebral y a la pérdida de la intensidad en el propio razonamiento.

El reposo es el ambiente que mejor conviene a un libro que tenemos entre manos, y entonces, aunque no podamos aprehenderlo

del todo, tomaremos su mejor parte, ya que sólo a las ratas de *Lafontaine* les era dado “*royendo los libros hacerse sabias hasta los dientes*”.

La primera regla ha de ser: *leer aquello que necesitamos conocer, a la hora en que nuestra atención está dispuesta*. En esa forma se evitan algunos males, de los cuales el mucho estar sentado —la sedentaria inmovilidad de la lectura— es el peor de todos, porque nos entristece y agobia la voluntad. Así, por ejemplo, sería inconveniente leer una novela cuando el texto de estudios está aguardando o recoger éste cuando estamos fatigados. Las novelas tienen sus horas y los libros de estudio también.

La segunda regla es: *Leer siempre con un espíritu vigilante y crítico*. Sin duda no podemos, aunque admiremos a Anatole France, quedarnos con todo su escepticismo y seguir a Nietzsche, tan profundo a veces, en algunas reflexiones de la tortura vesánica. Lo mismo ocurre con los clásicos, cuyo concepto de la vida es altamente imparcial y

tranquilo, pero que a veces llevan al error, como en el caso de Heródoto, ese gran mentiroso de la Historia. En realidad todo libro es un conjunto de equivocaciones y aciertos, y lo que conviene es saber cuándo nos dicen la verdad y cuándo nos engañan. Para quien está en plena formación intelectual, sobre todo, la lectura puede tener una de estas dos malas consecuencias: o reducir la personalidad, anulándola bajo la influencia del pensamiento rector, o simplemente deformarla en su primitiva contextura expiritual, de modo que se extinga su llama.

La tercera regla debe ser: *Leer por partes, comprendiendo y asimilando*. Un libro leído a la ligera, no deja rastro en la memoria; y si no lo deja, por lo menos en su esencia, cosa que siempre ocurre con las lecturas precipitadas, resulta perfectamente inútil, porque no podemos aprovechar su contenido. “*Alimento que se recibe con tal precipitación, ni nutre ni aprovecha*”, afirma Séneca. La mejor manera de aprovecharlo es comprenderlo o, como quería *Unamuno* “co-

merse el libro”, tal como lo pide en un pasaje del Apocalipsis el Espíritu al Apóstol, y lo recuerda el filósofo salmantino en “*Como se hace una Novela*”.

Tratándose de reglas para estudiantes, acaso sea menester todavía indicar las cuatro clases de lecturas que deben hacerse:

1.º — *La lectura del estudio.* — Cada persona tiene una vocación y encamina su personalidad de acuerdo con ella. En el bachillerato mismo, donde la cultura parece no estar dispuesta —y hace bien— para contemplar con ojos devotos la especialización, el alumno establece por su cuenta los distingos: Quién tenga una vocación matemática preferirá la geometría a la literatura; quién tenga una vocación literaria, los libros de historia, etc. Al final, la lectura del estudio es la que más nos absorbe. Concluye por impedirnos todo paseo o diversión bibliográficos por los alegres cotos de caza de las obras imaginativas.

2.º — *Las lecturas complementarias.* — Están formadas en la enseñanza media por

las obras citadas en clase. No son el texto, pero afirman el texto, aportándole una comprensión mucho mayor, mediante informaciones vitalizadas, de primera mano. Durante los estudios universitarios, las revistas científicas, las fuentes y los comentarios ocupan este lugar, con la consiguiente ventaja.

3.º — Las *lecturas edificantes*. — Aquellas que modelan y refuerzan la personalidad — muy buenas para las vacaciones— y entre las cuales habría que poner de entrada las “*Vidas*”. Ya he dicho en otra parte, refiriéndome al hombre de nuestros días: “Lo que en realidad busca es escoger, distinguir, tiene ansias por lo sobresaliente. Lo que en realidad quiere es “jefes”, autoridades para los actos y actos autorizados. No se consuela con su independencia; como el antiguo libertino extraña esa tutela que había complementado su capacidad y que, faltándole, le deja en la acerba esclavitud a que lo impele su licencia. Ha aspirado, es cierto, a regirse solo. No lo ha conseguido. Lo único que ha podido lograr es, que, se reemplazaran los di-

rectores de otras clases por aquellos que surgen de sus propias filas. Estos lo han llevado al desastre. No era cuestión de directores, sino de espíritu; y la masa prefiere un espíritu diferente del que actualmente la guía. Desde su desierto de ideales, quiere colmar su sed; y el agua refrescante es el idealismo" (1). La biografía viene a darle un patrón más alto de vida, al individuo sin más estímulos que los muy mediocres de las relaciones cotidianas. Al contacto de las grandes figuras, él se siente otro; y el joven sobre todo, aspira a pasar por sus dificultades, a realizar las cosas que aquéllas hicieron, con lo cual fortifica su vida.

4.º — *Las lecturas de distracción.* — Aquí ya no pueden darse reglas. Son aquellas que simplemente regalan la curiosidad o entretienen nuestros momentos de ocio. Preferimos los libros de viaje. Y, de ser posible, los clásicos: Homero, *Iliada y Odisea*; Esquilo Sófocles y Eurípides, *Tragedias*; Aristófa-

(1) Alberto Casal Castel, "*Sed de lo Heroico*".

nes, *Comedias*; Jenofonte, la *Ciropedia*, el *Libro sobre Sócrates*; Cicerón, *Diálogos sobre la vejez*, *De la Amistad*, etc.; Horacio, *Odas*; Virgilio, el insuperable Virgilio de las hondas tristezas, y Apuleyo, tan fantástico como grato, en *El Asno de Oro*; los españoles y franceses, donde hay tanto que espigar; sin contar la buena producción argentina, cada vez más rica, en sus mejores contribuciones.

*

4. — SOBRE LA NECESIDAD DE ORDEN

EL orden ha sido siempre materia de elogios, y uno concluye por saber que aquellos no eran exagerados. En efecto, no hay mejor *compañero* para nuestra tarea, cualquiera que sea. A veces, damos vueltas y vueltas, en torno a la biblioteca, para encontrar el libro que un descuido había colocado a nuestro lado. El humor se altera, nos tornamos irritables, y a menudo debemos interrumpir el trabajo por no haber puesto las cosas en su sitio. Esto es tanto más terrible cuanto que el trabajo intelectual vive de pequeños estímulos y no siempre dispone de largos horarios. A veces la falta de un trozo de papel nos impide tomar un apunte, y el no encontrar una pluma a mano nos imposibilita para contestar una carta. Tra-

ducido en hechos: es un dato que desaparece, un amigo que se pierde.

Pero estos son pequeños accidentes. Lo grave es que, sin orden, el trabajo se hace mal. Casi siempre el desorden exterior corresponde a un alma desordenada. Un alma clara pondrá orden en todas las cosas que toque. Existen, pues, dos clases de orden que debemos cultivar: *el espiritual de la persona, y el material de las cosas*. De nada valdría un escritorio bien arreglado si el desorden está dentro del individuo. Para el orden espiritual convendrá:

- 1.º *Ordenar los actos.*
- 2.º *Ordenar las ideas.*
- 3.º *Ordenar los sentimientos.*

Para el orden material:

- 1.º *Fijar un lugar para cada cosa.*
- 2.º *Volverla a su lugar, una vez utilizada.*
- 3.º *Inventariar lo que se posee y el lugar que las cosas ocupan.*

1.º *Ordenar los actos.* — La persona debe rechazar todo aquello que conspira contra su tiempo. En ese sentido, lo mejor que puede hacer es dar un justo valor a cada uno de sus actos. Por ejemplo, si al levantarse se encuentra con el diario, la correspondencia, una invitación para comer afuera y otra para visitar una exposición, —lo cual se suma al trabajo ordinario de cinco o seis horas— lo mejor es que se excuse de ir a la comida y a la exposición. No saber distinguir entre lo importante y lo accesorio equivale a convertir lo accesorio en importante.

2.º *Ordenar las ideas.* — No es una tarea muy sencilla. Un gran volumen de conceptos entra en nosotros. Unos son fundamentales, básicos, a tal punto que, si no sabemos distinguirlos y retenerlos, desconoceremos la materia. El apunte, tan prolijo como sea posible, se encargará de registrar lo esencial. El esquema es indispensable para el orden de aprender y trabajar, para ajustar la exposición y dar relieve a las ideas.

3.º *Ordenar los sentimientos.* — Los sentimientos suelen ser enemigos de la disciplina; la obedecen de mala gana, son sumamente influenciables y conspiran ñe continuo contra la voluntad. Ya decía el clásico que *hay que tener a rienda corta a la fantasía.* Pero no es bastante. Conviene hacer que en las cosas del estudio la razón esté aislada y proceda con toda frialdad, para no entusiasmarse demasiado con algunas cosas y rechazar otras de plano, porque no resultan simpáticas.

En cuanto al orden material:

1.º *Fijar un lugar para cada cosa.* — No podemos andar toda la vida como rbdomantes a la zaga de lo que deseamos. Es preciso saber, y saber con certeza, dónde está el libro que se precisa, la tijera, el secante, la ficha, el papel, etc. Cuando se acostumbra a colocar un objeto en un lugar dado, la memoria orgánica interviene sola y se dirige a ese lugar. Ella nos conduce sin ningún esfuerzo. El hecho es tan cierto, que puede notarlo

quien alguna vez haya movido un mueble de su casa: instintivamente irá a dar al sitio en que aquél se encontraba. Lo mismo ocurre con el libro que estaba a la izquierda y que ahora hemos puesto a la derecha. Lo seguiremos buscando a la izquierda, hasta que consigamos fijarlo en la memoria.

2.º *Volverla a su lugar, una vez utilizada.*

El orden se quebranta siempre por culpa nuestra. Basta un poco de prisa para que el objeto que hemos utilizado quede fuera de su sitio. Si a este objeto se suma otro y a esta prisa una nueva, es probable que se convierta en una selva nuestro ordenado gabinete. El orden necesita menos tiempo para destruirse que para ser de nuevo reglado. La consecuencia: de tanto en tanto, habrá que perder una mañana o más, para volver las cosas a su lugar, cuando nos hubiera sido más fácil el acto inmediato.

3.º *Inventariar lo que se posee y el lugar que ocupa.* — Cualquier comerciante emplea esta regla. En el comercio intelectual hay que seguirla también, especialmen-

te para la biblioteca. De nada sirve una buena biblioteca si sus libros no están registrados uno por uno. Basta un simple cuaderno para hacer estas anotaciones; y comenzarlo desde temprano, equivale a facilitar la tarea, evitar pérdidas, gasto de dinero, etc.

La prolijidad es, sin duda, la madre del orden.

Sin embargo, convendrá decir, que el orden no debe ser un fin. Hasta puede ser un defecto. Cuando se vuelve obsesivo, inhabilita al espíritu. El coleccionista es, generalmente, un maniático del orden, pero por no desordenar lo que ha arreglado tan prolijamente, ni utiliza sus piezas, ni lee sus libros. El orden inteligente es aquél que sólo sirve de medio y que aspira a facilitar la tarea intelectual.



5. — SOBRE EL ARTE DE LA CONVERSACION.

SE va perdiendo la costumbre de conversar. Y, sobre todo, la costumbre de conversar bien.

La vida moderna, vertiginosa, tiene en parte la culpa. En parte nomás, porque nuestro espíritu es aún más inquieto. Este quiere estar donde no se encuentra, y aquélla no ofrece oportunidades para que nos encontremos en parte alguna. Media vida se realiza fuera del hogar —en la calle— absorbida por el trabajo infatigable, y apenas si el hogar es el mudo escenario donde dormita nuestra fatiga. Como consecuencia de ello, nuestras reuniones —las de los jóvenes, especialmente— tienen por sitio la confitería de moda, el salón, las grandes “citas” sociales —como suelen decir los cro-

nistas—, en que el ruido de la música — no la música misma como estado espiritual— y el ruido de las palabras —tampoco las palabras con contenido de emoción y pensamiento— impiden ese grato intercambio de almas que es la conversación.

El “causser” ha pasado a la historia.

De ahí que sea fácil advertir una pereza cada vez más generalizada del espíritu, que se traduce en pobreza de vocabulario.

De pronto la moda lanza un término: *feroz, bestial, fantástico*, y lo aplicamos para todo: una lección fantástica quiere decir una lección bien dada; un programa bestial, un programa magnífico, y feroz es todo aquello que nos impresiona bien. ¿Y qué decir de la sigla O. K. (O’Key) importada de la incultura norteamericana y aceptada por nuestra incultura, cuyo origen radica en la ignorancia ortográfica de un rey de los puercos que escribía con K el clásico *all correct* —todo correcto— británico?

Sin insistir sobre el lenguaje, de cuyas transformaciones habría mucho que decir,

y cuya decadencia acompaña al “vacío interior” como un eco justo de la nada, ocupémonos, sin embargo, de lamentar este gusto que desaparece. Recordemos a Goethe, en el medio humilde pero escogido de Weimar, cuyas conversaciones ha recogido tan puntualmente Eckermann (Juan Pedro Eckermann “Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida”); a la Condesa Ana de Noailles, cuyo hotel de la Avenida Hoche fué durante mucho tiempo el centro de las reuniones intelectuales de París; a Enrique Heine, que hizo célebre a Dusseldorf sobre el Rin; a Anatole France, el fino conversador de la Villa Said, cuyos recuerdos nos ha conservado Nicolás Segur; a tantos otros. Aquí mismo, a Enrique Larreta, a Marcos Avellaneda, a muchos que siguen leales al “entretien” y reservándole lo mejor de su espíritu. Todos ellos amaron hasta sus últimos días o siguen amando la conversación.

Por ella nos damos a los demás y con ella recibimos de los otros bienes inapreciables.

Nuestra vida se amplía, a menudo, con una experiencia que no hemos podido realizar, por nociones que forman parte del gusto especial de la persona con quien hablamos, por informaciones nuevas, correspondientes a una esfera de acción que desconocemos.

El pintor nos abrirá su mundo, el mundo cerrado de su "atelier", de su técnica, de los tesoros del arte antiguo, y nos ayudará a comprenderlo; el músico nos pondrá en contacto con el plano ideal en que logra sus frutos sinfónicos; el biólogo nos permitirá mirar por una rendija los secretos de la materia que, a veces, resumen los esfuerzos de muchos años.

Todos tendrán algo que decirnos, que enseñarnos; y un conjunto de sugerencias — más animadas y reales que las que producen los libros, en lo que se ha llamado el *espíritu de la letra*— nace del espíritu de la palabra, acentuado por la espontaneidad y el calor que comunica un hombre, sin duda alguna, apasionado.

La primera de todas las reglas ha de ser: *saber escuchar*. La gente que habla siempre, poco puede recoger de los otros. Cree que dialoga; en realidad monologa o sólo dialoga con su vanidad. Las interrupciones trozan el tema, lo desvían y hacen superficial. Muchos temas, poco tema.

Supongamos a un hombre que hubiera viajado bastante, en nuestra compañía. ¿Qué nos interesa más, saber de sus viajes o confesarle nuestra vieja ansia viajera? ¿Y en el caso en que los proyectos queden de lado, lo acosaremos a preguntas? Lo más natural es dejarlo decir, que la conversación siga su propio curso, incitada por el recuerdo que se complace a veces, cuando es feliz, en recalcar algunas cosas. Sólo hacemos bien aquello que hacemos con gusto, y el placer es un elemento principal en la conversación.

Intentemos lo contrario: ¿Ha estado Vd. en París? ¿Qué le ha parecido Atenas? ¿Qué nos puede contar de Londres? ¿Cuáles son sus impresiones del Cairo? ¡Ah, el cinematógrafo tiene que reducir sus leyendas! Lo

misimo ocurre con la conversación cinematográfica. Al principio, nuestro interpelado, repujará el cuadro, pero lo más seguro es que concluya por decir aquéllo que más fácilmente le salga al dorso de la palabra, grandes expresiones con que se quiere decir todo y no se dice nada: ¿París? ¡Estupendo! ¿Atenas? ¿Qué decir de Atenas? ¿Londres? ¡Ah, Londres!... ¿El Cairo? ¡Magnífico! ¡Un gran misterio! ¡Una gran leyenda!

La segunda regla ha de ser, pues: *saber preguntar*. Entendemos por saber preguntar, saber orientar una conversación, hacerla que recaiga sobre el tema de nuestro interés y sobre lo que interesa a nuestro interlocutor. El sabe alguna cosa. El hace alguna cosa. O estudia astronomía o se dedica a conservar sellos postales. ¿Le preguntaremos al astrónomo qué opina sobre los epodos de Horacio? Trataremos de que nos diga algo de anatomía el coleccionista de sellos? Difícilmente puedan decir algo de interés.

Pero llevadlos al campo de sus preocupaciones y el primero tendrá el encanto de Fontenelle, en sus "Entretiens sur la pluralité des Mondes", y el segundo sellará de nuevo los timbres con la reminiscencia histórica o el gusto por la geografía.

Mas ni esas reglas, ni la manera de administrarlas, bastan. Es preciso: *saber buscar al interlocutor*, para que la conversación resulte aprovechable, y en ese sentido, la conversación debe ser guiada por la amistad hacia las cuestiones que nos interesan.

Tarde lo comprendemos, cuando al ruido de élitros de la charla sin substancia, hemos preferido la voz intensa que habla en la soledad.

★



6. — DEL CUIDADO DE LA SALUD

LA salud no se aprecia bien hasta que se pierde. Sin embargo, sin ella, no podemos llevar adelante nuestros proyectos. Es más: sin ella, ni siquiera podemos proyectar. A un presente sin aliento, se agrega un mañana desconfiado. Sólo los enfermos gustan de hablar de su "salud", por lo mismo que ellos conocen su importancia. Sombras de un día hermoso, sienten, en el ocaso que los vuelve tímidos, el terror de la noche que se avecina.

No sólo se trabaja por que se tiene salud; a menudo se tiene salud porque se trabaja. Vida es movimiento. Así lo afirmó Aristóteles. Así lo han afirmado todos los mecanicistas y lo podemos apreciar nosotros, aún cuando nuestra mecánica vital requiere, para moverse, un fluído divino, cuya fórmula

no conocemos. Sí; la vida es movimiento y algo más que no nos ha sido revelado a los hombres.

Pero no vamos aquí a estudiar el origen de la vida sino la forma de conservarla. No vamos a ocuparnos de lo que ignoramos sino de lo que se sabe y no se practica por una singular torpeza que convierte a los seres en asesinos de sí mismos. “El hombre no muere, sino que se mata”, ha dicho Buffon, señalando este afán suicida, y aunque no creamos por un momento en la eternidad de la materia, y sí en la indestructibilidad del espíritu, no hay duda que nos empeñamos en vivir la mitad del tiempo que nos está indicado, por nuestros excesos y falta de higiene.

La Biblia habla de una edad feliz —¿feliz?— de longevos ilustres: *Set* vivió 912 años; *Enos* —su hijo— 905 años; *Cainán* 910; *Malaeel* 895; *Jared*, 962; *Henoc*, 365; *Matusalem*, 969; *Lamec* —el padre de Noel— 777 años (Génesis, V, 1-31). Con él los números no quisieron seguir avanzando, se re-

pitieron, y aquellas edades no se volvieron a producir. Ahora —todo lo más— aspiramos a una vida de ochenta años y nos consideramos satisfechos si logramos pasar de los cincuenta.

Sin embargo, no es la vida más larga la más rica y lo que nosotros deseamos no es vivir mucho sino vivir bien, en plena obediencia de la materia a nuestra voluntad sincronizada al ritmo del espíritu. Ha habido milagros —Proust era uno de ellos— de hombres que han trabajado sin salud. Pero, ¿y lo que pudieron hacer estando sanos? . . . Me diréis, con algunos escépticos, que el *hombre ha sido un mono enfermo*; que es difícil que *Milón de Crotona*, el olimpiasta, tuviera una sola de las ideas de *Platón*, ni las comprendiera; que en la lista de los débiles figuran casi todos los talentos que hemos conocido. A los que hablan así habría que mostrarles las camas de los hospitales, donde el dolor anónimo se recoge sin alcanzar apenas a expresar más que por súplicas y lamentos, su agonía.

La salud se puede perder sin que el cerebro —el más noble de los órganos— caiga en desgracia; pero es preciso haberla poseído alguna vez para arrancar estímulos a la materia que de otra manera no se hubieran obtenido, y realizar los fuertes trabajos que organizan la personalidad. Un joven fuerte irá más lejos que otro débil en todo. Podrá estudiar más horas, soportar un trabajo más intenso, concentrar mejor su atención, saltar, incluso, sobre los obstáculos que para otros son enormes. Si no lo hace es porque la salud de la sangre es tan privilegiada como la de la pereza, o lo que es también posible, porque tenga enferma la voluntad.

El carácter noble, la alegría, el optimismo, la cerebración poderosa, no tienen otra fuente que la salud. ¿Pero, cómo cuidarla? La vida abundantemente artificial de las ciudades, el medio social que la esclaviza, reduciéndola a cuartos estrechos en la pobreza o a grandes estancias apenas iluminadas en la riqueza, dónde además se pierde el gusto por la vida sencilla, son sus enemigos naturales.

Sin embargo, hay métodos para cuidar la salud. El primero de todos, *evitar los excesos*: la larga concentración, el sedentarismo, el comer fuera de medida, el no alternar el trabajo con la distracción.

El segundo: *una alimentación adecuada*. A veces ésta es pobre porque lo es o porque le sobran elementos a nuestros cocineros.

La comida espartana se reducía a unas cuantas frutas secas —que no hemos reemplazado— y un poco de pan negro, que hemos reemplazado por el blanco con todo error. Pausanias se hace servir por los cocineros de Mardonio la comida nocturna, después de Platea, y al ver el lujo del servicio y el número de los manjares, se pone a reír —con una risa tan higiénica como histórica— y llama a sus soldados para que le traigan su comida: sopa negra, queso de cabra y un puñado de higos, y les dice: “He querido hacerlos ver la locura del Medo, que, habituado a un régimen de esta clase, ha venido para

conquistarnos, a nosotros, que vivimos y comemos así". (1)

La mejor comida es la más sobria y la más rica de elementos; aquella que la naturaleza proporciona: frutas, legumbres, etc., cuyo estudio nos es imposible realizar aquí, pero que —para no entrar en la vieja polémica entre vegetarianos y carnívoros— conviene ver en obras como las del Dr. Adr. Vander "La Cocina Vegetariana Racional" y "La Alimentación", de Escudero; sobre todo las indicaciones del segundo y la tabla de la composición de los alimentos (Atwater) del primero.

A la moderación y a la alimentación adecuada, deben seguir *los deportes*. Estos ponen en movimiento —en vida, digámoslo así para decirlo aristotélicamente— todos nuestros músculos, aún aquellos que la especialización del trabajo no utiliza, y contribuyen a evitar la diferencia existente entre el or-

(1) Paul de Saint Víctor, "Las dos Carátulas", *Esquilo*, pág. 108.

ganismo externo —descansado— y el organismo interno en plena labor. Porque, ¿con cuánta velocidad —aún para los más sedentarios— trabaja el corazón y marcha el torrente sanguíneo?

Sin embargo, el deporte debe estar de acuerdo con el sexo, la edad y, si es posible, la ocupación. El deporte violento no es para la mujer; como los patines no son para los ancianos, ni las carreras pedestres para el empleado de oficina. Con estas limitaciones, todo cuerpo en gimnasia será más sano y resistirá mejor la labor a que se le someta.

Pongamos, pues, un cuidado especial, aquel cuidado instintivo y enérgico que Baltasar Gracián reclamaba, y al que denominó la *gran sindéresis*.

*

7. — DE LA AMISTAD CON LA NATURALEZA

No es puro *roussonianismo* pedir, de nuevo, un acercamiento a la naturaleza. Por lo menos no lo es aquí donde ella no va a resultar fuente de una ignorancia y sencillez primitivas como lo quería el filósofo de Ginebra para explicar la base de su sistema social, sino vertedero de profunda filosofía y patrón de normalización intelectual.

La vida de hoy está concebida sobre planos sumamente artificiales y abstractos. Tal es el resultado de un largo proceso de civilización en que cada vez nos hemos ido apartando más y más de la naturaleza, hasta el punto de poder eludir sus leyes terribles en cuanto al medio se refieren. Vivimos en una atmósfera intelectual, no física, y por lo mis-

mo poco ingenua. Así en lo que respecta a los modos de vida: calor y frío artificiales y a las ideas: ideas de ideas a través de las cuales apenas si filtra con dificultad nuestro propio pensamiento.

Tal es el resultado de los cambios económicos y sociales conexos en un mundo dirigido por la economía; mundo seguro, técnica y friamente ordenado en que el ignorante sobrevive y el inferior se multiplica sin que para nada les pesen sus respectivas falencias intelectuales o biológicas. La ciudad, pues, viene a ser como un símbolo de esta edificación civilizadora; pero la ciudad, originada en lo político, será cada vez más económica: insaciable, necesitada y artificiosa, célula de intercambios premiosos y desmedidos con su sed de riqueza, de placeres y lujos.

Hay un momento en la historia en que se ve pasar por el campo de nuestra observación —meridiano, que dirían los astrónomos— estos cambios en su punto. Es en 1738. Un pequeño carretel de un tamaño no mayor

de 10 cms. va a modificar las perspectivas sociales. La lanzadera mecánica, bajo cuyo símbolo continuamos todavía, trajo las primeras fábricas, el régimen industrial, la macrocefalia de las ciudades y el éxodo de las poblaciones campesinas —mujeres y niños— que ya no pudieron vivir al resplandor sereno y reconfortante del antiguo hogar.

Había desaparecido aquella “inocencia laboriosa” de que habla Goethe y el fantasma de un hombre náufrago —naufrago espiritual— a la vista de las riberas seguras de la vida, iba tomando cuerpo, a tal punto, que, envueltas en melancólicas reminiscencias y cargadas de temibles augurios, se producen las palabras de Bismarck:

“El desarrollo de la maquinaria me tortura y me angustia —dice en el discurso de las corporaciones obligatorias de 1849. Avanza como una tormenta, lentamente; pero ya ha tomado una dirección y ha de llegar a alcanzarnos”.

La profecía se cumple. Estamos bajo la tempestad. La comuna ha concluído por do-

minar al campo y el rascacielo mismo es una *casa comunal* —una ciudad dentro de la ciudad, una ciudad escalonada— en la serie hacia una mayor artificialidad en los tipos de vida.

¿Qué raro, pues, que nuestras ideas, reacciones y sentimientos, sientan el vértigo de la altura en esta civilización tipo *Woolworth* de 35 pisos? ¿Cómo extrañarnos de que nuestra lógica se resienta? ¿Cómo no justificar todas las desviaciones en el arte y la literatura que sirven al huésped de un departamento mineralógico y automático de los últimos “étages”? ¿Por qué extrañarnos de esas imaginaciones batidas como un “cocktail” y constantemente necesitadas de estimulantes?

No nos podemos quejar de ser demasiado artificiosos si vivimos artificiosamente. Tanto nos hemos apartado de la naturaleza que ésta sólo interviene como “decoración” y así mismo, como decoración modificada por la mano del hombre: mezquinos jardinillos de azotea, motivos de hierros estilizados, cactus

huraños y solitarios que se agazapan en los interiores; ciervas y corzas del grabado previamente disecadas por el artista.

El hombre es, en el concepto moderno, una máquina y para la *tecnocracia* la mejor de las máquinas, pues mientras el vapor alcanza un rendimiento del 15 por ciento, el motor a nafta una máxima del 25, el *Diessel*, 35, el hombre sobrepasa el 40. He aquí para la escuela de "*Columbia University*", la más moderna de las definiciones del hombre: es una máquina que tiene alrededor de 250 cojinetes.

Era preciso describir este rødeu para comprender muchas cosas. Para comprender, por ejemplo, lo que Ortega y Gasset ha llamado magistralmente la "deshumanización del arte", la falta de raíz vital —física— del pensamiento contemporáneo y sobre todo la falta de certidumbre que rodea al hombre actual. A la superstición milagrera, ha sucedido la otra: la superstición científica, tanto más terrible que la anterior porque, bajo la esperanza de conocer todas las leyes, diagra-

mar el destino y conocer el secreto de las cosas, nos ha sumergido en la angustia de la seguridad, en una tonta indiferencia carnal y egoísta, que sólo busca el "happy end" de la vida sin alternativas y sin riesgos sólo concebible en la perfecta animalidad.

No es el arte sino el pensamiento mismo el que se deshumaniza y aparece desvitaminizado como esos botes de conservas de la cocina de nuestros tiempos: arvejas, anchoas, espárragos, tomates y frutas que sólo conservan su apariencia habiendo dejado caer por el camino las sales que habían sorbido de la naturaleza y que son necesarias a una persona que en el medio urbano ha perdido 3.000.000 de glóbulos rojos.

El verdadero pensamiento nace del terror, del peligro, del riesgo y éstos ya no existen como no existe el *darwinismo* en horas en que el más débil de nuestros semejantes ha conseguido violentar la ley de selección.

Hoy vivimos y pensamos *en masa* y esto mismo estaría indicando nuestra debilidad, porque los animales de la gran especie an-

dan solos. “Los animales miedosos van siempre en manadas. El león marcha solo por el desierto”. Así dice en su diario Alfredo de Vigny, y Lord Byron: “Yo desdeñaría formar parte de una manada de lobos, aunque fuera para seguirlos. El león es solitario: yo soy como un león”. Así se comprende y explica el tedio, el temor a la soledad, el escepticismo —el más particular de los sentimientos urbanos— y el aburrimiento que se apodera de quienes no conciben ya la diversión sino en conjunto: en salas enormes, en plateas multitudinarias, en las grandes tribunas del campo de juego.

La cultura no puede fundarse —como muy bien dice Ramiro de Maetzu en uno de sus últimos y mejores libros— (1) en la espontaneidad biológica del hombre sino en la de liberación, el orden y el esfuerzo. Convenido. Pero se funda y debe fundarse en la espontaneidad biológica de la naturaleza, donde esas condiciones esenciales, bajo la forma

(1) *Ramiro de Maetzu*, “Defensa de la Hispanidad”, Madrid, 1934.

de adaptación, tropismos y economía existen por sí mismos. El microcosmo (hombre), recoge las voces del macrocosmo (universo).

Los antiguos supieron mirar la naturaleza. La naturaleza les dió una filosofía y una cultura. Nosotros la hemos olvidado y hay que volver a ella si se quiere encontrar el sentido de muchas cosas y en primer lugar nuestro propio *sentido*, un tanto extraviado por estar nosotros de espaldas a la realidad.

El joven recogerá un conjunto de observaciones interesantes si sabe mirar a la naturaleza. Se entusiasmará con las urentes abejas, tan sociables y laboriosas, a quienes el dulce Ronsard llamó "blondas avecillas"; se emocionará con la labor infatigable de las *thermitas*, esas hormiguillas, las más pobres, a las que llamamos hormigas blancas no obstante tener el color de la tierra; aprenderá del árbol su paciente evolución que el tiempo respeta y sentirá amor hacia las nobles bestias. Pero no es eso sólo: vivirá el ritmo sencillo y grave a que ella está sujeta y cuyas ondulaciones cruzan nuestra alma, por-

que somos parte —lo queramos o no— de esa naturaleza y estamos atados a ella.

Por mi parte sé decir que existe una verdadera sabiduría campesina —no aprendida en los libros— pero lo suficientemente firme como para que el hombre extraiga ideas concretas que nos dejan asombrados, sobre un montón de cosas. El cerebro culto ganará mucho con este acercamiento porque podrá imaginar sin extraviarse y robustecer su pensamiento creador, contando con una sólida base.

La naturaleza no es el paisaje — demás está decirlo. Este último es una invención contemporánea: lo retórico y preciosista de la naturaleza sólo apreciado por la imaginación que vino después de la época romántica. J. J. Rousseau, fué el primero en hacer el descubrimiento en “La Nueva Eloísa”; después Bernardino de Saint - Pierre, Chatteaubrinad en *Atala*, Goethe, Heine, etc. La naturaleza como mundo exterior, como mundo material con sus fuerzas y sus leyes determinan un pensamiento concreto,

único, implicado en ella, del que la hipótesis apenas si es un recurso adivinatorio para la representación total de la verdad, que de otra forma el cerebro no podría percibir por ser parte de ese mundo físico.

De ahí que estemos obligados a recurrir a ella constantemente en busca si no de la *realidad*, de realidades. Una estrella moviéndose en la noche nos enseñará más que un libro; la línea del horizonte —si la miramos con amor, con amor intelectual— nos hablará en un tono filosófico que antes no habíamos escuchado. ¿Qué decir de la semilla que germina, de la piedra dormida, del ave que cruza en rauda vuelo, del espacio celeste, del latido vital que existe en los pequeños organismos, de la íntima vibración clorofílica del musgo, de toda esa materia que se mueve estando quieta bajo la luz sin edad, de sus luchas por existir y de sus renovaciones en sucesivas muertes, impresiones digitales de una eternidad sin comienzo ni fin a través de renovaciones incesantes?

En el orden del pensamiento nos encontramos: 1) *El pensamiento físico*, la *Physica* o *Scientia naturalis*, el conocimiento de la naturaleza sensible. Por él comprendemos la variedad de formas de la materia, distinguimos y expresamos esas distinciones, abarcamos la realidad que reviste y su clasificación dentro de la especie; 2) *El pensamiento matemático*, conocimiento del número y la medida, que ha abandonado las formas, aunque depende de ellas, porque toda cantidad y número salen de la materia, para trasladarse a lo abstracto; 3) *El pensamiento metafísico* o *filosófico*, la pura abstracción que existe independientemente de la materia y que trabaja sobre los altos planos del espíritu.

Como vemos, ese pensamiento puede traducirse, desde un punto de vista cosmológico, 1) como cosas que son; 2) conforme se proyectan en el razonamiento; o, 3) según van a ser en el intelecto. Aún allá, sobre las cumbres de la ideación, el soporte físico no falta. Las ideas, al igual que los árboles, tie-

nen sus raíces abajo, sus ramajes, arriba, en el cielo. Pero lo interesante es que la ciencia experimental ha cercenado el árbol por el medio: ni raíces ni hojas, sino un tronco muerto, vigas ideológicas previamente descascaradas y serradas, que el hombre del piso 35 utiliza, sin recibir con ellas un eco del bosque.

Quien quiera lograr un pensamiento exacto, tendrá que echar mano de la Física y para ello volver a ver con ojos nuevos —con esos ojos nuevos que ya se recomendaban en las meditaciones— a la naturaleza. Siempre será un espectáculo la caída de una hoja, la ebullición del agua, la flor que nace, el animal que muere, el complejo mundo de las causas situado frente a nuestra observación, el movimiento browniano rápido como el latir del universo, esa serie de fenómenos que despiertan en nosotros —y la originan— la más sagrada y gloriosa actividad intelectual.

8.—DE LAS DIVERSIONES

No todo debe ser trabajo, no. Hay que divertirse. La diversión es una necesidad del espíritu. Pero hay diversiones que fatigan aún más que el trabajo, y todo consiste, en última instancia, en combinar ambos momentos inteligentemente. A veces he preguntado a hombres de estudio sobre el raro milagro de algunos trabajadores intelectuales de Francia: Clemenceau, Poincaré, Anatole France, que en plena senectud continuaban trabajando con un entusiasmo de jóvenes, y siempre he oído decir lo mismo: sabían combinar su tiempo, tenían sus horas para trabajar, de las que nadie los sacaba y sus horas para divertirse, en las que no hubieran sido capaces de abrir ni una carta.

Esta idea me ha embargado muchas veces, porque después de todo, la eficacia está en el rendimiento, y la he tenido presente como tema de encuesta. Al cabo de algún tiempo he podido comprender que no siempre sabemos trabajar, ni hemos aprendido a divertirnos. En el caso de una persona laboriosa —hombre o mujer— las largas jornadas ruedan una tras otra en una existencia demasiado monótona, sin más alivio que un frugal reposo por las noches, marcha forzada que a nadie puede convenir y que a la larga resiente la vitalidad del organismo sometido prematuramente al duro trabajo.

Por el contrario, cuando he visto a esas mismas personas en una fiesta dominical o íntima, me han parecido poco elásticas, como forzadas a sonreír y acompañar la alegría de los demás, que estaban allí por “obligación”, con una cara triste y turbia, a la manera de las imágenes fuera de foco.

En cambio, el contraste, se produce con demasiada frecuencia. Abunda la gente que

toma por su lado festivo a la vida, terribles personajes de opereta, a quienes no preocupará jamás la falta de contenido de sus actos, su razón de existir y la alegría verdadera que se recoge en los esfuerzos recompensados.

Ninguno de los dos modelos conviene a nuestro caso, porque ambos llevan, tarde o temprano, a la estupidez, al misantropismo y, aunque parezca paradójico, a la tristeza. Lo excelente es utilizar la energía con eficacia y divertirse con prudencia.

¿Pero, qué diversiones vamos a escoger? Estas varían con la edad. Cada edad tiene la suya. Lo que interesa a los cincuenta años, difícilmente puede emocionar a los veinte. La paciencia filatélica del abuelo riñe con la inquietud deportista del nieto. Hay la edad del trompo, del automóvil, del baile y también la del *damero* y el periódico de media noche, cuando la chimenea y el sillón son, para el músculo torpe del declive inmediato, los goces más inapreciados. Pero aquí se habla del joven o de la joven, cuyo

exceso de energía sin empleo puede canalizarse hacia el mar de la sensualidad y a éstos, más que indicarles un repertorio de entretenimientos —ya que la edad está siempre proyectando goces festivos— habrá que decirles, cuáles son las diversiones que no convienen.

Por lo pronto, todas aquellas apasionantes, exclusivas, que como el *juego*, por ejemplo, se han puesto de moda. Este no repara sino desgasta el espíritu, lo torna malicioso, inquieta el sistema nervioso, cuando no trae con el desequilibrio del presupuesto quebrantos mayores, urgencias que luego han de traducirse en un mal humor gratuito y falta de reposo para la mente afiebrada. Sin embargo, el “bridge” de caridad y social de los clubs está difundiéndose, con el cambio moral consiguiente, esta “marotte” y basta que el mundo frívolo —tanto más frívolo cuanto más desocupado— encuentre “bien” un vicio cualquiera —fomento eufórico de su hastío— para que al punto las capas inferiores,

deseosas de *mostrarse*, lo imiten con modales artificiosos y exagerados (1).

Otra es el baile. Entiéndase bien, el baile en esos "night clubs" más o menos disfrazados que en nuestra ciudad han aparecido como los hongos después de la lluvia y donde se ha suprimido la parte amable, deportista y coreográfica que hay en toda danza. La agilidad, el ejercicio, la armónica adaptación del cuerpo al ritmo que toda danza proporciona, desaparecen aquí, neutralizados por el alcohol de los intervalos, el humo de los cigarrillos, la pastosa conversación, etcétera.

Pero hay —sin indicar el ajedrez— juegos aceptables y el baile es una ciencia de

(1) El juego tiene sus defensores. Desde el viejo *conde De Maistre* que lo llamó "la chose la plus utile aux hommes" hasta Eugenio d'Ors, que dijo que en todo juego se esconde "una semilla de eternidad", son muchos los que lo han elogiado por entender que él facilita la rapidez del juicio, ayuda a resolver y aguza el ingenio. Todo esto será verdad; pero sus elogiastas se han olvidado de hablar de la otra cara del problema: la quiebra moral y la ruina de la inteligencia que, tarde o temprano, conoce el jugador. La vida ya es un juego de azar para que temamos por nuestro ingenio y nos apoyemos sobre "las mesas".

socialidad, cuando se lo realiza en el grato compañerismo de los centros escogidos y cultos.

Las reglas para la diversión, pueden ser, en general, las siguientes:

1.—Destinar los días de fiestas y las vísperas.

2.—No tomar ninguna noche hábil, porque el día siguiente nos encontrará mal dispuestos para la tarea.

3.—Buscar diversiones sencillas.

4.—Habituar al espíritu a que participe en ellas.

5.—Reemplazar por las ingenuas diversiones del hogar muchas de las que habitualmente solo podemos encontrar en la calle.

Para algunos, estas reglas parecerán tan ingenuas como innecesarias y, sin embargo, cada día vamos comprendiendo mejor que la gente *ya no sabe divertirse*. Una simple ojeada hace ver que han desaparecido casi todas las distracciones ingenuas y que, en su sed de goces, la juventud sólo busca aquéllas que

no renuevan su energía sino que la embotan o matan.

Se prefiere los placeres perjudiciales que fatigan el espíritu y las diversiones que enturbian la alegría. La tristeza del argentino —ya estudiada por muchos y comprendida por algunos: Keyserling, Paul Morand, etc.— es un tema constante. Constituimos un pueblo joven que se divierta como viejo, ya que en el “aire de la fiesta” suele verse la edad de la época.

El griego de los tiempos de Sócrates no era el mismo que el griego del siglo anterior, cuando el juvenil ardor de las multitudes de Olimpia había sido reemplazado por el llanto femenino de los procesionantes de Atenas, iniciados en los cultos frigios y tracios, que gemían tras el ataúd de Adonis, llevando al sepulcro la propia juventud asesinada por los excesos. Como no eran idénticos, el romano de los tiempos de Adriano, caído en la “sentina impura” de los vicios que ha mostrado Suetonio, que aquel otro de los días servianos, cuando el arador filosófico y el

jefe de la "gens" envuelto en virtud, cedían el paso a los "lenos" brutales y a los "parásitos" impúdicos.

La diferencia consiste en que una época es joven y otra vieja que, con distinto espíritu y de distinta manera han encarado los goces de la vida: allí, la fuerza, la risa amplia, la alegría sincera de los juegos inocentes y aquí el amargo refinamiento de los placeres vergonzosos que majan la voluntad, fatigan el cuerpo y vacían el alma de su poderoso contenido.

Hay que reorganizar la alegría, pero, sobre todo, hay que reglamentar las diversiones. Darle al espíritu una intervención más directa en nuestros juegos y fiestas sencillos. "No toméis un aire sombrío como los hipócritas" —dice Jesús— para quien el mundo estaba repleto de felicidad y hermosura y, sin embargo, ese es nuestro aspecto, porque nos divertimos a escondidas, perseguidos de cerca por los escépticos y pragmáticos que han excomulgado las diversiones, o ya porque éstas están del lado de allá

de la tapia del pecado y hay que saltar para recogerlas, como las brevas que de niños robábamos.

¡Nunca ha sido menos joven nuestra juventud! ¡Somos griegos sin luz, romanos sin disciplina, un pueblo sin infancia que no conoce la alegría primitiva, sencilla y fuerte de los pueblos que vivieron la edad de la leyenda y el mito —esa “pascua florida” de la historia, —antes de encarar la madurez del tiempo con el rostro grave de quien se dispone a hacer grandes cosas!

*



9. — DE LA CONDUCTA A SEGUIR CON UNO MISMO

AUN cuando Pascal tratara de “palabra abominable” al *Yo* que tan frecuentemente aparece en los “Essais” de Montaigne, preciso es reconocerle su importancia. Sin él no hay personalidad. Somos un *Yo* entre las multitudes de *Yo* de los otros. En función de lo que somos juzgamos; en función de lo que pretendemos ser nos juzgan los demás (1). De ahí la necesidad de cuidarlo.

Pero, ¿cuántos problemas plantea, para resolverse en conducta personal, este *Yo* que constituye el verdadero actor en el drama de la vida. Si lo maltratamos hasta anularlo, lo convertiremos en el alma de un lacayo,

(1) Así se concibe la personalidad después de Proust.

de un filisteo, en fin, en un alma fría, gris y uniformada; si lo exaltamos demasiado es posible que incurramos en narcisismo. Los dos extremos son igualmente malos, porque tan malo es no tenerse en aprecio como estimarse demasiado, sobrestimarse.

En uno de los polos está la modestia, buena cuando es sincera, simpática cuando es natural, agradable cuando la envuelve un respetuoso juicio sobre la relatividad de los valores humanos; triste cuando es pobreza de espíritu; repudiable si es falta de ambición, y merecedora de nuestras críticas cuando es sumisión, conformidad de abulia y de pereza edificada sobre las ruinas del amor propio: ese precioso resorte de la honra.

En el otro polo está la vanidad bajo todas las formas y en todas ellas tan lamentable para quien la estimula como para quien la soporta. Casi no es necesario decir, pues, después de haberlas juzgado de paso, con cual de las dos formas nos debemos quedar: de las dos, la primera, y de la primera, aque-

lla que no violenta el espíritu de la libre subjetividad.

Pero la tarea sería fácil si sólo se redujera a ser más modestos o menos vanidosos. El primero de todos los problemas es que el "YO" esté en paz consigo mismo. Esta paz se busca siempre, mas sólo se encuentra a ratos. A veces sólo se encuentra en la mentira, mediante el disimulo con que tratamos de no escuchar sus preguntas terribles o de eludir sus respuestas. Las excusas, que uno se inventa, tienden a conformar las angustias de nuestra individualidad mortificada, porque el "Yo" quiere ser él siempre y nosotros no hacemos siempre todo lo posible para que lo sea.

Hay veces, en que el "Yo" se siente poderosamente inclinado a ser pintor y nosotros deseamos hacerlo deportista. ¿Qué razones han mediado para ello? Una debilidad del carácter. Hemos estado en las justas del *estadium* y sentido el aplauso cerrado en torno de los atletas; el mimo de las multitudes; la vida feliz en que ellos viven, la gran publi-

cidad que los rodea como símbolo del afecto público, y nos sentimos arrastrados a esas caricias, sin comprender que nuestro gran juego es la luz, son los colores, las formas, los movimientos, el medio silencioso pero rico de las vibraciones de la retina.

Otras veces la indolencia nos vence, el *querer ser* del "Yo" reclama esfuerzos que nosotros dejamos para mañana, para siempre, para nunca... Entonces el espíritu sufre, se mortifica y tortura tan intensamente, que acaba por llevar a la personalidad como un pesado fardo a sus espaldas, pronto a dejarlo caer sobre el camino de la vida en cada parada de los placeres, en cada sesión de los goces.

No conformar el "Yo", es mortificarlo; cambiarlo, es darle muerte. De ahí que, ningún daño sea tan grave como los daños que nos vienen de nuestra conciencia. Ella es el gran juez. El juez inexorable. Por eso debemos ser inflexibles más que con los otros, con nosotros mismos. Hay que saber mirar

al "Yo" como si fuera un "Tú". (1) Aconsejarlo cuando lo veamos en desviaciones; criticarlo en cada mala acción; no perdonarle jamás nada, ni cuando con adulación quiere pasarse al bando de los otros, ni cuando ante los otros se presta a escucharlos. "Serás el que debas ser y si no no serás nada", dice el refrán, sesudamente.

Pregunta al triste el motivo de su tristeza; averigua en el fracasado la **razón de sus fracasos** y encontrarás siempre, bajo los pretextos con que el pudor se defiende, que nadie ha colaborado en la desgracia: ni las circunstancias, ni los hombres, ni nadie, sino él mismo, por no haber querido ser aquello que es. Venimos al mundo para desempeñar un rol; si lo cambiamos, seremos comediantes, pero las vestiduras de rey no hacen al rey sino en las comedias, y atrás de la comedia está el camerino donde volvemos a

(1) El problema aquí indicado no consiste en un cambio de personalidad, cosa inadmisible, sino en una forma de tratamiento. Tratar al "Yo" como si fuera un "Tú", significa proceder con la mayor objetividad.

ponernos la voz, el gesto, las reflexiones de la verdadera individualidad.

Sea nuestra primera regla: *vivir como somos y como pensamos*. La segunda: *Procurar ser lo que aspiramos a ser*. Tercera: *Obrar de conformidad con el destino íntimo*, para que la vida efectiva, al coincidir con nuestra vida proyectada, nos produzca la felicidad que sólo de ese modo se obtiene; porque así como es desagradable mirarse joven en un espejo en que nos vemos viejos, así es amargo concebirse en una forma y encontrarse con una distinta, modificada por la falta de una vigilante atención.



10. — DE LA CONDUCTA A SEGUIR CON LOS DEMAS

SI la conducta a seguir con uno mismo es difícil, no menos difícil resulta la conducta a seguir con los demás. En efecto, ¿cómo actuar entre ellos sin que el “Yo” se resienta y sufra modificaciones? Para la gente no somos sino lo que representamos, la idea que la gente se ha formado de nosotros.

Tan cierto es esto que, difícilmente, pasaremos al lado de otro hombre sin buscarle una representación. Ocurre con los desconocidos y es frecuente que nuestra curiosidad busque un indiscreto detalle para penetrar su persona: un libro, la cartera abogadil, la forma de pararse o de hablar. Enseguida lo clasificamos.

Es más, queremos saber si es bueno o malo por su físico y de seguida buscamos referencias “típicas”. Así, por ejemplo, las cejas unidas nos hacen pensar en su terquedad y el rictus de la cara en la desgracia.

Homo sum; nihil humani a me alienum puto, ha dicho el clásico. (Hombre soy; nada de lo humano puede serme ajeno). Tal es la socialidad, la manera con que nos acercamos a los otros y con que los otros nos reciben.

Por ella somos, sucesivamente, el amigo, el profesor, el esposo, el hijo, el padre, etc., según el grado de nuestra vinculación y juicio de las relaciones que mantenemos. Para el alumno somos solamente el maestro; para la madre solamente el hijo, y de ahí que nuestro trato sea diferente: allí mantendremos una respetuosa distancia y aquí la eliminaremos. Todo esto exige algo más que una adaptación; requiere conocer a fondo el arte del tratamiento.

Pues, qué, ¿nos daremos enteros al primero que pase? ¿Procederemos en la misma

forma con todos? La personalidad debe envolverse en una reserva natural, lógica, prudente.

Nunca se ponderará bastante el que sepamos ser discretos. Hay personas, sin embargo, que llevan esta discreción al extremo. Nunca opinan, ni en rueda de amigos; y cuando opinan lo hacen después de pasar encuesta a la opinión de los demás, para no comprometerse. El trato se torna así una ciencia de oráculos, cuando no un juego de azar. Conviene, pues, ser medidos, pero no cobardes; discretos pero no taimados, porque el hombre se aleja siempre de aquel cuya cautela raya en lo ambiguo o se presta a la duplicidad.

La primera regla ha de ser: *acercarse para dar, antes que para pedir*. Gentes hay que sólo se acercan cuando algo necesitan; que la necesidad los anuncia como el ave carnívera a la víctima.

La segunda: *defender nuestras convicciones y respetar la de los otros*. Muchas personas se hacen intolerables porque llevan sus

diferencias hasta el grado de levantar verdaderas barreras desde donde nos espían con un odio profundo porque no pertenecemos a sus sectas.

La tercera: *ser indulgentes*. Indulgentes con el error, con las palabras, con las opiniones y hasta con la capacidad intelectual de quien nos habla. Sepamos escuchar con la mayor atención, tratar con suavidad y nunca en forma despectiva.

La cuarta: *practicar el espíritu de la cooperación*. Ninguna más importante ni más necesaria. La sociedad se apoya en él; por él una época trabaja para otra, una generación para la que le sigue, un hombre para el resto social. La cooperación es la sociabilidad sentida con el corazón y pensada con la cabeza —valga la redundancia— porque es un sentimiento consciente y una realización positiva. Ya no se trata de entrar en la compañía de los otros sino de hacerla más sólida, amortiguando las diferencias, ayudando al necesitado, prestando el apoyo que se nos

reclama, creando la gran fraternidad de los hombres.

Todo lo que somos lo debemos: otras manos nos enseñaron a dar los primeros pasos; otra alma nos prestó el calor de su afecto; otra voz nos dió la lección inicial y una voz nueva se apresurará a darnos la última; las comodidades que gozamos, la cultura de que nos nutrimos, el raro milagro de esta civilización admirable —admirable aún con sus defectos— es el esfuerzo de una legión de sombras, la conquista de una muchedumbre que está delante, o a nuestras espaldas. ¿Cómo agradecer todo esto? Zola nos dice: “¡Hay que devolver! ¡Hay que devolver!”

No ahorremos nuestra inteligencia, no nos sepultemos en nuestro egoísmo, pongamos todo el empeño en nuestro trabajo y devolvamos a cambio de tantos bienes inapreciables un poco de nuestro propio bien. Somos un pedazo de la tierra. Hagamos que sobre ella florezca el árbol y cante el pájaro antes

N O R M A S D E V I D A

de pedirle a la tierra nuestro pedazo, que,
como lo afirmaba el poeta de los Rubahyat:

*La buena muerte presta brillo a la vida;
la mala vida hace temer la muerte.*

✱

CONSEJOS

1. — Pregúntate al levantarte: —*¿Qué debo hacer hoy?* Y al acostarte: —*¿Qué es lo que hice?...* Pasa lista a lo bueno y a lo malo, y si lo malo no es muy malo, aunque lo bueno no sea del todo bueno, con tal de que lo primero no predomine sobre lo segundo, duerme tranquilo.

*

2. — Deja tu casa tan tarde como sea posible y regresa a ella lo más pronto que puedas. Nunca sin saber adónde vas y lo que debes hacer. Terminarás por amarla: pobre o rica, es el lugar más seguro, agradable y cómodo del mundo.

3. — No te avergüences nunca de tu condición ni de la de tus padres, porque si lo haces la amargura reemplazará al amor en tu corazón. Hay una manera fácil para estar a la altura de los otros: considerarse por encima de ellos en virtud.

*

4. — Si fracasas en algo, vuelve a intentarlo de nuevo con más entusiasmo. Al final comprenderás que el éxito no es más que el último fracaso vencido por nuestra laboriosidad y nuestra constancia.

*

5. — Cada cosa tiene su medida y cuando ésta falta, la fealdad reemplaza a la armonía. Si quieres tener un espíritu armoniosamente bello, habla con prudencia, limita el sueño y la comida, vigila tu entusiasmo y tu abati-

miento, sé en todo igualmente mesurado y mesuradamente igual.

*

6. — Si consigues que el triunfo no te haga perder la cabeza y la derrota no te aplaste, puedes aspirar con todo derecho a nuevas victorias. El destino se complace en admirar a los que saben despreciarlo.

*

7. — Trata de ser sencillo en todo: en tu trato, en tus ropas, en tu manera de vivir, en tus gastos y en tus diversiones. No te arrepentirás. El lujo, la ostentación y el silbaritismo son los verdaderos enemigos de la salud, el carácter, la honradez y la felicidad.

*

8. — Desprecia aquello que no eres capaz de alcanzar por ti mismo. La protec-

ción y el favoritismo cobran siempre su parte y no nos dejan gustar el placer final.

*

9. — Elogia sin recato lo que de veras admiras y critica todo aquello que encuentres repudiable. La juventud tiene el compromiso de ser sincera y la mejor manera de conservarla por mucho tiempo, es la de andar del brazo con la verdad.

*

10. — Si consigues ser leal con ti mismo, lo que es bastante difícil, no tendrás dificultad alguna en serlo con los otros; la propia palabra es la mejor escuela para que aprendan los demás.

INDICE

Introducción	Pág.	7
Primera Meditación	„	25
Segunda Meditación	„	29
Tercera Meditación	„	33
Cuarta Meditación	„	39
Quinta Meditación	„	47
Sexta Meditación	„	53
Séptima Meditación	„	57
Octava Meditación	„	61
Novena Meditación	„	67
Décima Meditación	„	75
Undécima Meditación	„	81
Duodécima Meditación	„	85
Juventud	„	89
Entusiasmo	„	97
Idealismo	„	103
Acción	„	107
Justicia	„	113
Disciplina	„	117
Orientación	„	123
Sentencias	„	129

Reglas:

1 — Para el buen aprovechamiento del tiempo.	Pág. 131
2 — Para la organización del trabajo intelectual	„ 135
3 — Acerca de la lectura y forma de realizarla	„ 141
4 — Sobre la necesidad de orden	„ 149
5 — Sobre el arte de la conservación	„ 155
6 — Del cuidado de la salud.	„ 163
7 — De la amistad con la naturaleza	„ 171
8 — De las diversiones	„ 183
9 — De la conducta a seguir con uno mismo	„ 193
10 — De la conducta a seguir con los demás.	„ 199
Consejos	„ 205



ESTE LIBRO ACABOSE DE IMPRIMIR
EN LAS PRENSAS DE TOMÁS ALVAREZ
E HIJO EL DÍA CINCO DEL MES DE NO-
VIEMBRE DEL AÑO MCMXXXV, BAJO
LA DIRECCIÓN DE JOSÉ MARÍA ALVA-
REZ GONZÁLEZ * ALEJANDRO SIRIO
HIZO LA ESTAMPA DE LA CARÁTULA.
JUAN ANTONIO GRABÓ LA MADERA
DEL EX-LIBRIS.

"JOSÉ FIGUEROA ALCORTA"

1926 - 1935

Serie A.: "Orientaciones Morales y Estéticas".

- N.º 1. "Valor del esfuerzo personal", por Leopoldo Herrera. (1926).
N.º 2. "Obras recomendadas a las alumnas del Liceo Nacional de Señoritas", por los Profs. Sra. Victoria Gucovsky y Sr. Julián García Velloso. (1926).
N.º 3. "Decálogo Civil", por J. Francos Rodríguez. (1928).
N.º 4. "La emoción ante Beethoven", por Victoria Gucovsky. (1928).
N.º 5. "Los dos polos del mundo espiritual", por Ernesto Nelson. (1928).
N.º 6. "Reflexiones", por Manuela de Nevares. (1929).
N.º 7. "José Manuel Estrada", por Félix Antonio Marcó. (1929).
N.º 8. "Anotaciones al margen de la vida escolar", por Angela J. Santa Cruz. (1930).
N.º 9. "Orientaciones", por Juana A. Alzú. (1930).
N.º 10. "El sentir de la Naturaleza", por Berta Wernicke. (1930).
N.º 11. "Dante Alighieri y la Divina Comedia", por Nicolás Besio Moreno (1930).
N.º 12. "Normas de vida", por Alberto Casal Castel. (1935).

Serie B.: "Patria".

- N.º 1. "La Bandera Argentina", por D. F. Sarmiento. (1926).
N.º 2. "El Hogar Argentino", por Antonio Sagarna. (1926).
N.º 3. "A la Patria", por L. Herrera. (1926).
N.º 4. "Patriotismo", por Berta Wernicke. (1926).
N.º 5. "Patria", por Arturo Capdevila. (1927).
N.º 6. "Alocución patriótica dirigida a las alumnas del Liceo Nacional de Señoritas", por el Prof. Dr. Félix Antonio Marcó. (1928).
N.º 7. "Sueño de una patricia", por Julieta Gómez Paz. (9 de Julio 1929).
N.º 8. "La mujer argentina en la época de la emancipación", por Cloe de los Santos. (25 de Mayo 1931).
N.º 9. "Concepto integral del patriotismo", por Amaranto A. Abeledo. (9 de Julio de 1932).
N.º 10. "Viva la patria", por C. O. Bunge. Buenos Aires (9 de Julio de 1933).
N.º 11. Nomenclatura antigua y moderna de las calles "históricas" de Buenos Aires. (1933).
N.º 12. "Oración a la bandera", por Joaquín V. González. (1934).
N.º 13. "Los Constituyentes del 53 en la sesión del 20 de Abril", por Antonio Sagarna. (1934).
N.º 14. "Romance de la muerte del General San Martín", por Arturo Capdevila. (1935).

Serie C.: "El Liceo".

- N.º 1. "Himno del Liceo Nacional de Señoritas". Letra de Arturo Vázquez Cey. (1926).

- N.º 2. "Himno del Liceo". Letra de Arturo Páquez Cey; música de Celia Torrá. (1926).
- N.º 3. "Insigna y lema del Liceo". (9 de Septiembre 1927).
- N.º 4. "Album Gráfico del Liceo Nacional de Señoritas". (1927).
- N.º 5. "Discurso pronunciado por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Antonio Sagarna, en ocasión del XX.º aniversario de la fundación del Liceo Nacional de Señoritas". (1927).
- N.º 6. "Discurso pronunciado por la rectora fundadora del Liceo Nacional de Señoritas, Dra. Ernestina A. López de Nelson, en ocasión del vigésimo aniversario de la fundación de dicho Instituto". (1927).
- N.º 7. "Vinculaciones entre el Liceo de Señoritas de Buenos Aires y la Residencia de Señoritas de Madrid". (1928).
- N.º 8. "Discurso pronunciado por el rector del Liceo Nacional de Señoritas, en ocasión del XX.º aniversario de la fundación de dicho Instituto". (1928).
- N.º 9. "Vinculaciones entre el Liceo Nacional de Señoritas de Buenos Aires y el Liceo Femminile de Génova". (1928).
- N.º 10. "El Liceo y sus ex alumnas". (Discurso de la señorita Luisa Albornoz. Propósitos de la Asociación de Bachillerres, etc.). (1930).
- N.º 11. Discurso pronunciado por el Ministro de J. e I. P. Dr. Manuel de Iriondo, con motivo del XXV.º aniversario de la fundación del Liceo, y de haber sido designado éste, con el nombre de "José Figueroa Alcorta". (1932).
- N.º 12. "Acción educativa del Liceo", por Amaranto A. Abeledo. (1932).
- N.º 13. "Discurso pronunciado por la Dra. Ernestina A. López de Nelson, con motivo del XXV.º aniversario de la creación del Liceo Nacional de Señoritas "José Figueroa Alcorta". (1933).

Serie D.: "Fuentes de Historia".

- N.º 1. "Antecedentes constitucionales ingleses". (1927).
- N.º 2. "Cristianismo y Estoicismo", por Manuela de Nevares. (1927).
- N.º 3. "Leyendas medioevales", por Manuela de Nevares. (1928).
- N.º 4. "Civilización precolombiana", por Manuela de Nevares. (1928).

Serie E.: "Labor del aula". (Serie a cargo de alumnas).

- N.º 1. "La religión entre los arios primitivos de la India", por Ana Rosa Carlé Huergo. (1928).
- N.º 2. "Análisis literario", por Berta Gluzman. (1928).
- N.º 3. "Aspectos de la vida homérica", por varias alumnas de 5.º año; curso de 1928. (1929).

Publicaciones del Liceo Nacional de Señoritas N.º 1 "José Figueroa Alcorta".

Serie A. "Orientaciones morales y estéticas". N.º 12. "Normas de vida", por Alberto Casal Castel (1935). (N.º 46 de las "Publicaciones del Liceo").

